

sum _mer gible

Volumen II

Ornitorrinco.
Ficciones y no.



DEBOLSILLO



sum _mer _gible

Volumen II

Ornitorrinco. Ficciones y no.

UCUENCA PRESS 

Sumergible II
Ornitorrinco. Ficciones y no.
©Universidad de Cuenca

Editora y tallerista invitada: Jackeline Beltrán

María Augusta Hermida Palacios
Rectora

Elena Monserrath Jerves Hermida
Vicerrectora de Investigación e Innovación

Juan Leonardo Espinoza Abad
Vicerrector Académico

Centro Editorial UCuenca Press

Director: Daniel López Zamora. **Coordinadora editorial:** Ángeles Martínez Donoso. **Corrección de estilo:** Mihaela Ionela Badin. **Diseño:** Juan José Loja Rodríguez. **Preprensa:** Juan Pablo Tigre Amón.

Ciudadela Universitaria

Av. Doce de Abril y calle Agustín Cueva; Tfno.: (+593 7) 405 1000
Casilla postal: 01.01.168
www.ucuenca.edu.ec

Primera edición
300 ejemplares

Derechos de autor reservados.

Para la composición tipográfica de este manuscrito se usó Archivo, Gap Sans y Roboto Mono.

La portada es una fotografía de Vatroslav Bank en Unsplash, intervenida por Juan José Loja Rodríguez.

Este libro, por su naturaleza y su fin, no fue arbitrado por pares externos. Cuenta con el aval de un equipo interno. Sumergible II nace del Taller de Escritura "En Busca del Ornitorrinco", organizado para estudiantes por UCuenca Press

Noviembre, 2024
Cuenca-Ecuador



ÍNDICE

Presentación
6

1
Individuo
8



**Colectivo
64**



**Urbano
96**

ADVERTENCIA:
EL AHORA
ATRAVIESA
ESTAS VOCES...

Las palabras se toman su tiempo y tienen su prisa; estas, con todos los voltios de nuestros estudiantes, tuvieron muchos procesos. Gestadas hace casi un año en un taller de escritura, dirigido por la periodista Jackeline Beltrán, elegida cuidadosamente para guiar o dejarse guiar por la fuerza y la rebeldía de quienes merecen espacios impresos, inmensos y simbólicos.

Así nació el taller "*La búsqueda del ornitorrinco*", organizado por UCuenca Press, que tomó lo mejor del mundo del género crónica periodística para armar todo lo que se atravesara. Pero antes de *summergirte* y leer, quisiéramos contarte qué pasó...

Nuestro proyecto, motivo de alegría, se encontró de cara con una realidad de esas que, como bien anotaba Serú Girán hace tanto, "desarma y sangra". Una mañana de sábado, nuestros escritores y sus ideas debían cruzar entusiasmados el Campus Central y dirigirse a un aula de uso múltiple. De camino, los recibía el icónico arbolito de la Facultad de Filosofía, que esos días estuvo —y quizá así se quede para siempre— cubierto por el dolor y la rabia ante la búsqueda y pérdida de su compañera Abigail, 20 años, víctima de feminicidio. Ella, muchacha de luz y mariposas en los ojos, venía con mucho esfuerzo de otros parajes del país para cumplir el sueño de ser profesional en nuestra universidad, buscaba un trabajo... Les contamos esto como una advertencia porque *Summergible II* no tiene un tinte de verano que podríamos esperar, aunque conserva algo de buque de guerra, de tormenta y de tormentos, mucho de resistencia y de lucha.

Este libro, su colección, es un espacio seguro, su esencia es el no callar, desde la ficción o no, desde el ser colectivo, individuo, desde esta urbe, queremos darles voz porque saben sentir profundamente, cosa que no se le debería olvidar a nadie.

Daniel
Ángeles

Individuo



1

- 12** **Estoy curado, señor**
Sebastián Berrezueta
- 16** **Cuatro días, tres noches**
Paula Mogrovejo
- 20** **Azulejos escarlata**
Carla Ramos
- 22** **Crónica de un no enamorado**
Darwin Quituisaca
- 26** **Alejandra**
Patricio Tenecota
- 32** **Que la tierra me acepte**
Carla Ramos
- 36** **La Carta de Lord L. Morningstar.
El concierto de Satanás**
David Aguas
- 40** **Eclipse**
J. T. Butiña
- 52** **Lluvia de media tarde**
Michael Lema
- 58** **En la memoria de los espejos**
Galo Carpio





¡Estoy curado, señor!

Sebastián Berrezueta

*Léase luego de ver la película *La Naranja Mecánica* (1971).

.....

Azul,
el temblor no paraba
y las arrítmicas pulsaciones tropezaban a su compás.
Rojo,
el llanto chorreaba sueños
y la sangre negra-rojiza se diluía a sus pies malolientes.
Negro,
la sardónica risa gritaba apenas
y el amargor, dejado por el clona,
regurgitaba el fermento de sus tripas.

La escena se dio a luz plena
y al socorro llegaron las batas blancas.
Con vendas y agujas
acorrallaron al infractor.
Alzaron esa masa de células,
ya cansadas, ya adiestradas.
Se lo llevaron,
así, sin más.

Pasaron las horas,
el fétido de las heces de don Juan,
que por sus años/demencia ya no contenía,
se unió con el cloro que usaron para refregar el
último chistecito de los locos.
La sensibilidad de sus sentidos era tanta
que cabreó al más tranquilo.
Y los chillidos otra vez
despertaron a los caballos.

Como acto de teatro,
al unísono enmudecieron,
surtió efecto el líquido blanquecino
inyectado en sus nalgas.
Ataron las manos y pies de cada uno.

Surreal pensamiento, gangrenado
—un poco salado—
brota psicóticamente cuando acecha
el reflejo del que siempre ha huido.
Escupe indulgencias,
infectadas por su rumiar,
que rondan en los pasillos
algo sigilosos, un tanto temerarios.

Sombra,
pestañear se torna imposible,
sus muelas amarillentas hacen malabares,
y con ello,
el sofoco de felicidad o de la partida precoz
se carga de *Serum 114*.

Lágrimas y sonrisas
desquiciadas,
obras perturbadas exilian preposiciones
conectando el régimen
del orgulloso Iván Pávlov.
Y comienza el desgarró,
mientras la noche se resigna,
se hace eterna.

De a poco,
salían los loqueros,
y atrás,
en procesión,
cargaban al convaleciente.
Entre sueros, sangre,
hilos y mordazas,
sin siquiera dejar que se recupere,
lo encerraron.
El temido féretro infante abrió su puerta,
apenas se miraba,
pero era conocido por casi todos.

Cuatro paredes blancas
de cemento frío,
dos reflectores
de serotonina artificial,
una ventana encubierta
y un espejo de cristal falso
para que veas
a tus monstruos,
a la nada,
a ti.

Ese ahora sería su hogar,
por lo menos una semana
o hasta que a la Coronela se le pasara la rabia,
decían,
ella era la mandamás del sanatorio,
no era matasanos,
pero se le iba la mano
de vez en cuando.



Cuatro días, tres noches

Paula Mogrovejo

Él abusó de mí. ¡Espero que la tierra tome venganza en mi nombre! ¿Qué si dudé de él? Sí, al principio. Pero elegí confiar. A pesar de ese mal sabor que se extendía por mis poros y papilas. Quizás por eso duele, por la culpa que me pesa en el hígado y que carga mi espalda por haber callado mi propia voz.

Cuatro días. De frustración, de angustia, de planear cómo escapar.

Cuatro días. De miedo eterno, del falso y tembloroso asentir de mi cabeza para ahuyentar cualquier leve sospecha.

Cuatro días. De ocultar mi vulnerabilidad. De sentir terror por la posibilidad de que me vuelva a tocar.

Tres noches. Bajo cero, en las que mis oídos soportaron su voz y sus historias.

Tres noches. Heladas, en las que se me trizaban los huesos del cuerpo entero, mi cabeza pesaba y mis lágrimas caían calladitas.

Tres noches. Pedía al cielo y a las estrellas que me devuelva al vientre de mi madre.

Conseguí abrigo cuando recordé a las compañeras de vida que han cuidado de mí, desde siempre. A todas ellas llamé a través de mis mudos gritos. Acudieron a mí. Se convirtieron en todo lo que

me rodeaba: en el agua que lavó la suciedad y algo de la culpa que sentía; en la tierra que el peso de mi tristeza cargó, tragó y que me maravilló; en el aire que trajo volando consigo al pajarito que me acompañó, y en el fuego que cobró venganza y lo quemó. Me cuidaron desde la distancia. Me ayudaron a recoger mis pedacitos para volverlos a armar. Me ayudaron a no morir mientras él gruñía y se frotaba contra mi espalda.

Mientras tocaba mis pies lentamente y de una manera tan brusca con la excusa de buscar abrigo, haciendo así mis noches interminables.

Mientras forzó mi desnudez.

Mientras me pidió trenzar su horrible blanco y pajoso pelo que prendía de un asquerosamente maltratado cuero cabelludo.

Mientras a la fuerza agarraba mis manos, ofreciendo una miserable disculpa.

Usó mil excusas: su soledad, mi belleza, su abandono. Insistía en que yo estaba obligada a comprender.

Nada en mí comprendió.

Hoy, me adueño de mi dolor. Siento visceralmente. Comparto mi historia. No temo recordar y para sanar, escribo.

Azulejos escarlata

Carla Ramos

Accidentalmente, pisé una mora fresca sobre la baldosa blanca de la cocina. Se embarró todo. La mitad del suelo quedó marcada de rojo escarlata. Parece que he matado a alguien. Así se siente. Como el día que dijiste que ya no me querías. Así me siento. Sin saber si teñir todo el suelo de rojo o limpiarlo por segundos, minutos u horas hasta que quede como nuevo.

No sé si pedir perdón al amor por el crimen cometido o fingir demencia... como el día en el que te fuiste.

Cociné para dos, serví dos copas semillenas de tu vino favorito. Compré velas aromáticas , busqué tus canciones más reproducidas. Supuse que volverías. Y fingí mayor demencia cuando no.

No sé si hacer un funeral, un altar o un duelo, tal como lo hice con tu amor. Con el nuestro. Si llenar de flores el piso de la cocina, prender incienso y llorar, llorar, llorar, sin pensar que el tiempo existe. Así como viví las primeras tres noches de tu ausencia.

Entregarme a un juez, suplicar perdón, pedir cadena perpetua por el acto cometido. Beber en nombre de la mora hasta olvidar el mío, como solía hacerlo las mañanas, las dos primeras semanas en que no te encontré

O guardar silencio. El necesario, para olvidar el caos, para poder olvidarte.

La mora se sintió como mi corazón. Estoy segura. Las lágrimas limpiarán lo escarlata. Se verá nuevo, pero habrá restos en los azulejos. Estoy segura también. Las moras deberían venir cubiertas de espinos para evitar ser asesinadas... y los corazones .

Crónica de un no enamorado

Darwin Quituisaca

Una luz molesta atravesó la cortina y me pegó directo a los ojos. La cabeza me estallaba. El cansancio me encarcelaba bajo las mantas. Un calor divino se interrumpió por la alarma de las 6:30. Caminé a través de la habitación: al lado derecho de la cama, un espejo; al izquierdo, un librero; al frente, una mesa con un computador y otra con una olla de café; ropa tirada sobre el suelo. Una lámpara casi rota guindaba del estuco y se resistía a hacerme el favor de romperme la cabeza.

Me quedé frente a la olla de café. Inmóvil. «¿Qué me ocurre?» No tenía hambre. Sentía un panal de abejas dentro de mi piel. No picaban, solo hacían cosquillas, formaban nudos en mi estómago y agitaban mi respiración. Me acompañaba un maullido. El gato me observaba y presentí que él sabía lo que yo ignoraba. Agitaba su cola mientras yo cerraba los párpados para sentir el **bzzzzz** de las abejas.

No sé cómo, pero ya estaba frente al computador. Sentí algo de paz, excepto en mi pierna izquierda. Estaba impaciente y no paraba de moverse. El celular se cargó de burbujas con notificaciones. Una decena de mensajes ignorados. A ninguno le podía sonreír. ¡*Tik-tak!* y el horero daba las 11:00. Observé las fórmulas de química y física. Números y letras, amor y no amor, peleaban por sobrevivir en mi cabeza. Había un libro color café que me extendía un verso, llevándome hacia sus cuentos, hacia mi sentir, hacia mi pensar, hacia sus páginas, hacia ella.

«¡Diablos, las 13:00!»). Había perdido el día perdiéndome en mí. Mi mirada seguía fija en el reloj, al que quise detener. Imposible. La mesa de al lado, sucia de café y migajas, me desanimaba. Me

miré al espejo: «¡Vaya reflejo!»

Agarré un pan duro como almuerzo, me alisté rápido para ir a clases. Pero algo me detuvo otra vez. «¿Escuchaba su voz o la mía?» En silencio, me dijo:

«No hemos hablado, me has dormido con café y música ¿Por qué me evitas? ¿Por qué ya no escribes? ¿Números o letras?»

Y respondí:

«Te evito por miedo, por el *bzzzzz* que me provocas incluso sin verla. Si no escribo es porque sé que la dibujaré a través de mis letras. Los números me hacen interpretar que no la quiero y las letras gritan que me muerdo por ella. No sé que elegir. Ni siquiera sé si ella me elegiría a mí».

Pude callarme, engañarme quizá. La pensaba sin quererla y me perdía tratando de encontrar las leves memorias de cuando la vi.

Supe que no llegaría a mis clases. De nada había servido la mala noche junto a las fórmulas, ya que había tenido —de intruso— el café de sus ojos en un libro que me distrajo.

Luego me senté frente al espejo y me contemplé. Había cambiado mi semblante, el corte de cabello ya no era el mismo, usaba lentes de los que tanto huía. No estaba tan delgado como recordaba. Me había acostumbrado a solo mirar mis manos y mi sombra. Sin decir nada, me desvanecí y me comprendí a mí, me destruí. Los nudos en el estómago apretaban tanto que mis ojos se hicieron

agua: «¿Números o letras?»

Después de eso, solo recuerdo el ronroneo de mi gato al recostarse sobre mis piernas. El tiempo había jugado otra vez conmigo. Voy tarde y lleno de abejas haciendo nudos de dudas en mi estómago. Me apuré, me limpié la cara y corrí a la última clase. En el camino revisé las notificaciones del celular: una me hizo sonreír. «¡Al fin!»

En mis audífonos sonaba *This side of paradise* y empecé a aceptar un poco más el *bzzzzz* de las abejas dentro. Sentí otra vez un cosquilleo antes incómodo ahora hermoso, me sonrojé. «¿Fui feliz?» Corrí al aula. Por el marco de una puerta de cristal vi una silueta hermosa, un cabello bailar con la brisa, sus ojos eternos.

«¿No estarás enamorado?», me pregunté a mí mismo.

«¡Estás loco!», me respondí, aunque las abejas en mi interior me delataban zumbando otra vez: «¿Números o letras?»

Alejandra

Patricio Tenecota

El agua era tu lugar favorito,
yo solo observaba tu belleza
bajo el sol, bajo el ardiente sol
tu hermosura evitó que mirara a los cuervos
rondando el cielo.

Ese brusco aleteo auguraba el deceso
de un ángel,
un ángel que tomó tu cuerpo
para conocer este mundo.

Y tú.

Algo sabías, algo escondías,
algo que tu boca no podía entonar, algo que tus ojos me decían
y que no supe hasta que los cerraste para siempre.

Desde el día que llegaste,
y te cubrieron con aquella sábana,
desde aquel día conocías tu destino,
tal vez por eso te aferrabas a tu madre,
tal vez por eso, en ocasiones, fruncías el ceño.
Yo creía que era por hambre, por sed
o porque llegaba a llenarte de besos.

Comprendo ahora que te enamoraste de este mundo,
de tu madre, de tu padre y de la vida.
Y esas cejas de enojo no eran para mí,
sino para el cielo que te halaba de a poco.

Algo sabías,
algo que todos deducimos después de tu partida,

tal vez por eso esperaste tu vestido blanco, que dibujen la cruz en tu frente, que te bañen con las aguas divinas y que una tiara blanca cubra tu cabello.

¿Lo más hermoso?

Conocerle.

¿Inolvidable?

Tu sonrisa.

¿Lo más amargo?

Una fecha, un día, una hora.

La fecha: la misma en la que el Calderón se inmortalizó como héroe niño

El día: no lo recuerdo, ya poco importa.

La hora: 09:07 am.

¿Cómo sé? Existe algo llamado grupo familiar en los celulares, algo que no llegaste a conocer.

¡Bien por ti!

No es bonito meter tu vida en un aparato.

Lo que sí era bonito. Tu nombre:

Alejandra,

como Pizarnik, Alejandra, como el Magno que conquistó Persia, Alejandra, Alejandra... y Cisne.

¿Por qué?

Por devoción de tus padres,

por la fidelidad a tu madre.

Alejandra, Alejandra...

Te cuento

que aprendí a controlar ese nudo en la garganta

que siento cada vez que te recuerdo,

te cuento

que hace una semana ya no te pienso...

como antes.

Las cuchillas que brotaban al cerrar mis caídos párpados
y lastimaban mi rostro ya no están, se esfumaron.

Ahora sonrío, triste, pero sonrío.
Miro al cielo
y mi mente pinta una imagen tuya
sobre las nubes más hermosas.
Antes de esa semana no pude evitar llorar.

Fue la última vez, te lo juro, la última.

Recordé aquella tarde,
te prometí los vestidos más hermosos
que pudieran existir en el mundo,
terminé llevándo flores a tu sepulcro.

En lugar de mirarte con esos atuendos,
vi a tu padre, a tu madre y a tu hermano
sentados a la diestra de tu féretro, blanco, igual que un cisne
que encerraba lo más hermoso que he podido ver en mi vida.

Fría, pero hermosa:

Alejandra.

No puedo evitar extrañarte,
no puedo evitar querer arrancar ese dolor
que sienten tus padres, y hacerlo mío.

¡Maldita sea, no puedo!

No soy Dios
y, aunque a veces me crea uno,
no tengo el poder de obrar ese tipo de milagros

Alejandra, Alejandra...

Si te fuiste o sigues aquí, es un misterio,
nunca lo sabré.

Cuando estabas tibia tenía la certeza, ahora no.
En ocasiones te presentas cuando me tapo con mis sábanas,
cierro los ojos y muero por un instante.

Hace un día te pedí un abrazo.

Hace un día y sin pensar
sin tener en cuenta que no estás, que ya te fuiste,
lo dije en voz alta,
te pedí en voz alta.

No sé si estuviste presente en ese instante
pero, esa misma noche,
sonreíste, te acercaste, me abrazaste
como solías hacerlo... ¿o te abracé? No lo sé.

¿Creo ahora en el más allá, o es mi mente?

"Princesa, princesa", te decía.

"Preciosa", también.

Como las nubes, como la brisa,
"princesa" te llamaba,
siguiendo el ritmo de Preciosa,
como la abuela a la ballena en esa película.

"Prin-ce-sa, princesaaaaa"...

Y respondías al instante,
con elegancia respondías,
como el cisne en sus aguas,
como el manto de la señora que te cubrió al volar,
que lleva tu nombre:

Alejandra, Alejandra...

Así es la vida en ocasiones,
te prestan algo y no sabes hasta cuándo;
lo sentimos tan nuestro,
creemos que nunca volverá al lugar de donde vino.
Pero la realidad es otra,
es tan cruda.

Alejandra, Alejandra...

Nada nos pertenece
y nada nos pertenecerá.

Y tú, mucho menos.
Desde el día en que naciste,
pertenecías a un solo lugar:
pertenecías al cielo.

Que la tierra me acepte

Carla Ramos

Que me sepulten.
No, yo misma quiero sepultarme.
Cubrirme de tierra húmeda.
Sentirme liviana.

Que me asfixien mis quejidos,
no son por la muerte,
sino por la vida
Ni los gusanos me verán apetecidos,
estoy viendo mi tumba desde afuera
y me rehúso a entrar.

Que para estar muerta no se necesita una tumba
y a mí no me gusta estar quieta.
He rozado tanto mis nudillos
que sangran, pero no duelen.

Así se siente
cuando el repudio no se alivia
con ninguna sustancia.
Que la vida se me va
y no me he dado ni cuenta,
calculando cuánto pesa mi existir.

Que, tal vez enterrada,
junto a un árbol de flores rosadas,
la belleza reúna las ganas que me faltaban.
Que mi piel está fría
y mis lágrimas son azules, grises,
sin matices, metamórficas, insaboras.

Espero que la tierra me acepte,
me haga una con ella
Que la lluvia lave las manchas
que poseen mi alma.

Porque ahora quiero ser poesía.
Recuerdos levitantes
que quiebran en memorias
de gente que nunca quise conocer

Emerger en lo más abstracto
lo innombrable

Me he podrido tanto
que las mariposas se hartan de verme
en cada intento de metamorfosis
Con recelo todos creen que he cambiado
Quizá...por algo peor.

**La carta de Lord L.
Morningstar
El concierto de Satanás**

David Aguas

El piano ya no suena.

Era martes. Un típico martes de ciudad. Gélido, lleno de dudas, lluvia, viento... y tristeza. La ciudad de Londres presumía de terror y de melancolía en sus calles.

Lucy y yo nos encerramos en la habitación principal luego de dos semanas cuando el *petit diable*, como ella lo llamaba, dejó de obedecer sus órdenes y destrozó los libros, mancilló nuestra recámara, destruyó toda la cocina y vació la despensa de ahí. Luego se volvió contra nosotros. Quería dañarnos.

Al ocurrir esto, intentamos llamar al reverendo McGallwitch, pero la sola imagen que la casa había adoptado en los últimos años, desde que Lucy invocó al demonio, era suficiente para aterrorizar a cualquier hombre. Estoy seguro de que ni Heracles o Ulises se hubiesen atrevido a pisar ese lugar. Nadie quiso ayudarnos.

Para nuestra casa, en St. Jhon's Palace, eramos parásitos a punto de ser purgados. Quizá hasta ser descuartizados por el maldito ser que la tomó y llamaba a diario a sus compañeros de crimen.

Cuando nos encerramos en la habitación cercana al comedor, reclamé la mala intención de *lord Michael* al dejar que esa gitana que trabajaba con él le enseñase el arte del *vudú* a mi esposa.

A mi mujer le fascinó siempre el ocultismo. Su padre, en vida, había pertenecido a la orden masónica de Baker's Street y era el gran líder de la logia inglesa.

Lucy se deleitaba con sus relatos, los poemas de *lord Byron* y los escritos prohibidos de la abadía de Canterville. Al morir su padre,

ella se sumió en un profundo dolor que ni las flores, ni perfumes caros pudieron remediar. Incluso las vacaciones a Austria no ayudaron. Pensaba a diario en mi difunto suegro. Fue ahí cuando, en una infortunada visita a la mansión de *lord Michael*, conocimos la desgracia.

Le dije a mi esposa cuán temeroso estaba y que disculpase el tono altivo de mi voz. El miedo recorría mi cuerpo de pies a cabeza. Imaginaba los peores escenarios o estratagemas.

Enseguida, oímos una espeluznante melodía, carente de toda sensación de armonía, y sin embargo, con un compás tan bien marcado que parecía que el diabólico intérprete andaba por la casa junto al piano, pues se notaba cada vez más cerca. Tres horas duró *il concerto di Satán*. Tres horas en las que nuestros corazones se aceleraban con cada paso del demonio. De repente, el silencio.

«Querido Arturo, los hombres de blanco dicen que estoy inventando todo. Y ya no resisto la tortura del agua helada que se cuele en mi columna o las constantes descargas eléctricas cuando me dicen que confiese el asesinato de Lucille. Recuerdo sus últimas palabras. Yo no lo hice. Yo no la he asesinado».

Recuerdo que la puerta se abrió y un ser demoníaco —mezcla entre hombre, bestia y maldad— entró en la estancia y con sus manos tomó el cuerpo de Lucille y lo separó. No hubo tiempo de gritar, de correr, de pensar siquiera. El sudor y las lágrimas caían por mi rostro inmóvil y sin alma. Logré reaccionar y tomé las espadas del escudo de mi familia. Pero eso, interpuso la mitad del cuerpo de Lucille entre él y la hoja de la espada. La sangre brotaba y el olor a azufre era muy fuerte.

Cuando la policía llegó, me encontraron sobre el cuerpo de mi mujer. Dicen que yo reía a carcajadas. Yo lo recuerdo distinto.

Recuerdo la sensación del llanto atrapado en mi garganta, mis ojos repletos de lágrimas sin sabor y mis manos intentando evitar lo inevitable. Mi esposa estaba muerta. Ellos me sujetaron y me han encerrado. Sé que esto es un manicomio.

«Yo no estoy loco... te juro querido amigo que no estoy loco. Me despido aquí, pues se me han acabado las uñas de grabar este recado, con la esperanza de que algún día vuelvas y lo leas. Espero tu pronta visita».

Y las últimas notas del concierto, volvieron a suceder, lentas, suaves, síncopas... y heladas.

Con afecto, *lord* L. Morningstar.

Eclipse

J. T. Butiña

Louis dibujaba una sirena mientras observaba el lago y su atardecer. Tenía una agenda de cuero y un pequeño lápiz de carboncillo. Cuando sintió que alguien se acercaba, guardó la agenda en su mochila y alzó su mirada para ocultarla en la montaña. Marco llegó, le susurró que agradecía el aumento de temperatura y, al abrazarlo, gritó: «¡Qué bonita, Valentina!»

Valentina y Louis se sonrojaron. Ella, porque notó que su ropa interior se volvía translúcida bajo el lago. Él, porque ella se dio cuenta de que la observaba. Sofi también se percató y, mientras "Vale" salía, la cubrió con una toalla. Su cabello rojo, junto al rubor de su rostro, resaltaban sobre la blanca superficie. Antonio, mientras lanzaba una dura mirada a Marco, se acercó a "la Vale" y le prestó su camisa de repuesto. «Es todo un caballero», pensó Valentina. Se puso la gigantesca prenda y le regaló una sonrisa pícara.

A Marco nada le importaba, así que se levantó sin remordimientos y abrió la botella de cerveza que él mismo había traído a escondidas. Mati la tiró enojado, hace un mes quedaron en abstenerse de tomar alcohol.

A Louis todo le importaba, así que se congeló avergonzado con la mirada en la montaña, hasta que Paz se acercó, acarició su brazo como una madre, y le dijo: «¡Ayy, Luis, ya no te pongas así, date la vuelta que no vas a ver el eclipse!». El eclipse aparecería a las cinco de la mañana, así que Louis, antes de alejarse, le respondió solamente con una mirada irónica. Ella, rabiosa por el gesto «de ese engreído imbécil», también se congeló durante horas frente al lago.

Había muchos rumores sobre el eclipse: algunos cristianos lo marcaban como "el fin del mundo". Otros, más espirituales, como "el mejor momento para meditar". El número de accidentes había aumentado los días anteriores al fenómeno natural, los afectados afirmaban haber visto pequeñas esferas de luz, tan hermosas, que no podían dejar de mirarlas. Los obstetras salían del quirófano para

respirar aire fresco en medio parto, los conductores aceleraban felices cerca de algún precipicio, los juicios se cancelaban porque los abogados dibujaban flores frente al estrado.

«El prana se siente más en los eclipses», dijo Mati. Y todos se rieron, sin saber de qué diablos hablaba, menos Louis, quien, harto de todos, se fue a caminar en línea recta para no perderse. Cuando solo el viento cantaba, pudo apreciar la sutil melodía que producen las hojas al crepitar. Buscó el árbol que hacía el sonido, pero, a lo lejos, solo encontró fuego. Aunque sabía que no calmaría las llamas, dejó la sudadera en el piso y corrió en esa dirección. Corrió mucho, sin sentir el tiempo, y sudaba lagos enteros. El fuego crecía endemoniado, el humo era cada vez más denso y cegador.

Louis imaginaba ser su alimento, transformarse en cenizas y crepitar junto al árbol que antes había escuchado. Tenía miedo, pero no miedo a la muerte. Le aterrorizaba saber que disfrutaba al imaginarla. «Morir en este fuego es morir como un sol perdido en el paraíso», pensó. El humo se hizo tan denso que Louis tuvo que detenerse. ¿Cuánto tardaría el fuego en salvarlo? Si no encontraba la llama, él iba a tener una muerte lenta y abrumadora. Se levantó, caminó en círculos y círculos y, sofocado por el humo, perdió la consciencia.

Aunque Paz seguía enojada, igual quería a "Luis" (él odiaba que le cambien el nombre, era una de las pocas cosas que le molestaba, ella disfrutaba muchísimo verle con el ceño fruncido). Mientras Mati les explicaba sobre el prana, el poder de la Luna, el Sol y más *blabláblá*, Paz observó a Louis, a lo lejos, correr en dirección a un hermoso arupo. «Ese rarito, como siempre volando», pensó. Se disculpó con Mati, que estaba muy enojado al comprender que a nadie le interesaba la razón por la que les había pedido venir a las montañas, y luego fue a buscar a Louis.

Marco recogió la cerveza e intentó regalarle un bocado a Mati: «¡Ya cállate y bebe un poco!», le reprochó y no pudo haber tenido una peor idea, pues toda la espiritualidad que aparentaba tener Mati se desvaneció al intentar golpearlo. Por suerte, Antonio estaba ahí y los separó.

«¡Gracias, "Toño"!», dijo sarcásticamente Marco. Sofi tomó a Mati por el brazo, lo alejó del grupo y le preguntó su opinión sobre el eclipse y el fin del mundo, para tranquilizarlo. Él estaba muy feliz explicando, pero la atención de Sofi estaba en Antonio y Valentina. Cuando Mati se dio cuenta, calló y miró el nacer de las estrellas. A diferencia del resto, estaba maravillado. Había anochecido repentinamente.

Sofi entendió que estaba enamorada de "Vale" cuando, durante la obra anual del colegio, se besaron. La institución, bastante conservadora, despidió al profesor no solo porque Sofi comenzó a llorar después del beso, sino también «por haber enseñado la homosexualidad como algo normal, en lugar de considerarla un pecado». Siguieron con su vida normal, y su amistad inquebrantable, hasta que "Vale" conoció a Antonio. Por primera vez, Sofía sintió un intenso deseo de hacerle daño a alguien. Dejó de pensar en Valentina y en masturbarse con su recuerdo, y comenzó a imaginar formas de alejar o incluso eliminar a Antonio.

En las reuniones, Sofi hablaba cada vez menos con Valentina para acercarse cada vez a más a Antonio. «Mi "Toni", ¿qué cuenta tu "Vale"?» le preguntaba. Quería conocerlo a fondo, encontrar su debilidad y destrozarlo. Esa idea empezó a excitarla cada vez más, hasta el punto de sentir deseo por Antonio, amarlo y buscar formas cada vez más sádicas de destruirlo.

Sofi dejó a Mati viendo las estrellas, se acercó a Valentina y a Antonio, y mientras los abrazaba, le dijo a Marco:

—Tú sí eres medio tonto, ¿no? Ya sabes cuánto quería esto Mati y le jodes tanto; por suerte estaba...

—Ya cállate —le respondió Marco—, y dale un beso a "Toño" si tanto quieres.

Entonces, el "tonto" de Marco empezó a darles besos volados a los tres. Antonio quería golpearlo, pero, aunque lo odiara, Valentina le había prohibido meterse en peleas. Ella se sonrojó, como solía hacerlo cada vez que Marco le molestaba. Sofi se dio cuenta de esto, pero no se ruborizó, ya que su mente estaba dispersa, reflexionando sobre la situación.

Aunque estaba muy oscuro, Paz sabía exactamente en qué dirección corría Louis y fue a buscarlo; encontró la sudadera e intuyó el camino que debería seguir. Después de caminar unos minutos en la dirección del arupo, que había visto en la colina (y no debería estar en un lugar tan frío), encontró a Louis tirado.

«Y vos, ¿qué te fumaste?», le preguntó. Él solo balbuceaba.

«De vez en cuando, "Luis" suele perderse. ¿Será un problema de los artistas?», pensó. «"Vale" también escribe poesía, pero ella siempre está conectada».

Antes de sentarse bajo el tronco del arupo, Paz arrastró a Louis (que chillaba cada vez que una ramita lo raspaba), colocó su cabeza inconsciente sobre sus piernas y acarició su cabello: era castaño y delgado, incluso más delgado que el cabello de "Vale". El cabello de Paz era grueso y rizado, y su rostro, moreno y redondeado. «Es muy tierna», pensaba Louis, sin darse cuenta de que ella detestaba que él la viera así. Él y ella eran como el Sol y la Luna: se comprendían porque uno era la oposición natural del otro. Paz había planeado declararse después del eclipse, pero mientras Louis seguía inconsciente, descubrió un dibujo de Valentina como sirena y un poema dedicado a su belleza en la agenda de él. Al ver eso, cambió de idea.

Louis se despertó y le acarició el cabello a Paz.

—Gracias, "Vale" —le dijo, y al sentir cómo el cuello de la chica se tensaba, se retractó disimuladamente—. Ya me conoces, Paz, siempre bromeando y volando.

—¿A dónde fuiste esta vez? —le preguntó Paz, un poco más relajada.

—Un gran árbol se estaba quemando. El humo era tan denso que me perdí en su oscuridad —dijo Louis.

—Anocheció de repente, tal vez por el eclipse, en ese momento te debiste haber asustado —le respondió Paz.

Nadie sabía qué hora era. Mati había confiscado y apagado todos los dispositivos electrónicos antes del atardecer. Les dijo que así iban a sentir la verdadera energía.

—¿Dónde están Paz y Louis? —preguntó Mati. Como siempre, nadie le respondió. Así que caminó por la colina y, cuando llegó al borde, gritó:

—¡Muévanse, par de mierdas parlantes! Hoy todos me han sacado de quicio. ¿Pretenden arruinarme el día ustedes también? Sé que deben estar besándose por ahí, par de animales.

A pesar de que Mati solía afirmar lo contrario, no era una persona particularmente espiritual. Hace tiempo, leyó un libro (cuyo título ya no recuerda) que, según él, transformó su vida de manera radical. Antes de leerlo, decía haber sido un hombre muy diferente: mantenía relaciones con hombres, mujeres... «Solo importan los sentimientos», afirmaba, aunque sus amigos dudaban de que comprendiera realmente el significado de la palabra "sentimientos". Cada noche tenía una nueva compañía, hasta que leyó ese libro. Desde entonces, empezó a buscar nuevas formas de castigarse, abstenerse y, según él, «ser uno con Dios».

Mientras regresaban enojados para encontrarse con el "dichoso espiritual", Louis y Paz pensaron en todas las preguntas que podrían hacerle para reventarle el cerebro a Mati: «¿Está Dios en las reglas y los castigos o en los placeres y la libertad? ¿Eres uno con Dios o solo un esclavo del dogma que tú mismo creaste?»

—¿Habla de espiritualidad solo para darle una razón poética a la sífilis que se carga? —le susurró Louis a Paz. Ella se rió delicadamente antes de encontrarse con Mati.

—¡Ya, Mati, vamos arriba! —le dijo Paz, ya sin enojo, y subieron. Mientras sus dos amigos le contaban las visiones que tuvo Louis sobre el fuego y el arupo, Mati suspiraba, intentando encontrar una falsa paz.

—Tal vez ese fuego representa el destino; el arupo, la belleza de los recuerdos; y el humo, el terror que sentimos al continuar el camino —reflexionó, aunque no estaba seguro de su interpretación.

Sofi sabía que todos estaban incómodos, excepto Marco, por supuesto. Así que buscó la botella de cerveza, ya vacía, y propuso jugar a "verdad o reto". Marco aceptó de inmediato, mientras que Valentina y Antonio estaban abrazados y no prestaron atención hasta que llegaron Louis, Paz y Mati, quien se enojó ante la propuesta. Para contrariarlo, los demás amigos decidieron aceptar el juego. Antonio y Louis hicieron una fogata justo detrás de Mati. «Así aprenderá sobre la espiritualidad del fuego», pensaron maliciosamente.

«¿Te da miedo el eclipse?», le preguntó Louis. Antonio le miró a los ojos y, por un segundo, Louis se asustó al pensar que sabía de su secreta pasión por "Vale". Sin embargo, Antonio, antes de sentarse entre Sofi y Valentina, le respondió con una pequeña y dudosa sonrisa: «Disfruta del fuego, hermano». Louis quiso sentarse al lado de Valentina, pero Marco le ganó el puesto. Paz se sentó junto a Louis, y nadie quiso estar cerca de Mati.

Constelaciones desconocidas iluminaban la noche. ¿Acaso el eclipse alteraba el firmamento? Sobre la colina en la que descansaban no había estrellas. «Somos la única constelación en este punto del universo», pensó Mati. Mientras el resto jugaba, sonreía en silencio, hasta que Marco le interrumpió:

—¿Verdad o reto?

—Reto —dijo Mati, intentando retractarse de inmediato, pero nadie le dejó.

—Eres libre, Mati —dijo Marco, sacando una botella de aguardiente escondida en su mochila—, pero, si quieres seguir aquí, tendrás que tomarte tres *shots*.

Mati recordó las visiones de Louis sobre el arupo. Cerró los ojos mientras sus amigos le alentaban a beber. Pensó en el fuego: «Tal vez necesito arder para encontrar la paz». Con esa idea, agarró la botella y, sin detenerse, bebió directamente del pico. «¿Acaso esto es meditar?», se preguntó, mientras el aguardiente le quemaba la garganta. Paz, asustada, le quitó la botella.

—¿Acaso perdiste la cabeza, Mati? —repitió Paz preocupada.

—Cállate, Paz, déjalo tomar —respondió Marco, con indiferencia, arrancándole la botella y devolviéndosela a Mati.

—Él se lo buscó —intervino Antonio con frialdad.

Mati, temblando y con lágrimas corriendo por su rostro, volteó la botella, dejando que el último trago de aguardiente cayera. Todos lo miraban en silencio, sin saber cómo reaccionar. De repente, Marco, furioso por el desperdicio del licor, se lanzó sobre él, alzando el puño con intención de golpearlo. Antes de que pudiera hacerlo, Louis, sintiéndose culpable por haber alentado a Mati a embriagarse en una noche tan importante, reaccionó rápidamente. Se acercó a Marco y lo sujetó por la espalda, presionándolo con fuerza para evitar que el golpe se concretara.

Todos se levantaron sobresaltados cuando el licor derramado alcanzó la fogata, desatando una chispa violenta que, de manera inexplicable (tal vez por la energía del eclipse, o simplemente porque así debía ser), prendió fuego en las piernas de Mati. El grito de dolor resonó en la noche y, sin pensarlo dos veces, Marco fue el primero en correr hacia él. Se quitó la sudadera y la lanzó sobre las llamas que devoraban las piernas de su amigo.

Louis, paralizado, temblaba de pies a cabeza. En su mente, la imagen del fuego se mezclaba con las palabras que había repetido tantas veces: «El fuego es como el destino, arde y te envuelve al mismo tiempo». Pero en ese momento, las palabras carecían de sentido, y lo único que sentía era culpa. Quería desaparecer, ser devorado por las llamas, perderse en el humo que cada vez parecía más denso, más cegador. Justo cuando la oscuridad de sus pensamientos amenazaba con ahogarlo, sintió el suave peso del brazo de Paz sobre su pecho. Su toque fue suficiente para sacarlo de su espiral destructiva.

—Tranquilo —le susurró Paz, su voz suave pero firme—, él está bien, estamos bien.

Sofi hizo un gesto para acercarse y ayudar a Mati, pero se detuvo al ver cómo Marco ya estaba a su lado. «¿Será que de "este" está enamorada "Vale"?», pensó, desviando la mirada hacia ella.

Valentina seguía abrazada de Antonio, pero sus ojos escoltaban a Marco con una ternura imposible de disimular. Sofi recordó cómo, en ocasiones anteriores, había visto a Valentina sonrojarse de manera traviesa cuando Marco soltaba alguna de sus habituales estupideces.

Sin poder evitarlo, Sofi dejó que su mirada recorriera el cuerpo de Valentina, deteniéndose en los ojos brillantes con los que veía a Marco, y luego bajó hacia los brazos de Antonio, que la rodeaban

con firmeza y protección. La escena, que debería haberle resultado familiar, la inquietaba. Pero cuando alzó la vista hacia el rostro de Antonio, esperando hallar esa habitual indiferencia, se topó con algo inesperado. La estaba observando. No con frialdad ni enojo, como Sofi habría imaginado, sino con una mezcla de dulzura y deseo que la desarmó. Sintió un calor subiendo por su cuello y un cosquilleo que llegó hasta sus mejillas. Sofi, normalmente segura y sonriente, sintió cómo su rostro se encendía. Se había sonrojado.

Confundida y sin pensarlo dos veces, Sofi corrió hacia Marco y lo empujó con fuerza, desbordada por la emoción:

—¿Qué te pasa? ¿Te crees superior? Imbécil, crees tener una corona de vidrio, pero vino rota de nacimiento y...

Las palabras salieron de su boca sin control, duras y filosas. Sofi no era de esas personas que insultaban a los demás, siempre buscaba ser esa chica de buena vibra, la que aligeraba el ambiente con sonrisas y bromas. Pero esta vez, no le importaba. No pensaba en ser amable ni en mantener la calma; solo quería herirlo, exponer su fragilidad. Quería que "Vale" viera lo débil que en realidad era Marco, que no había necesidad de esconder sus sentimientos por Antonio, porque Sofía era más fuerte que cualquier inexplicable amor que Valentina pudiera sentir por ese hombre. Todo en su interior clamaba por una respuesta, una que desmoronara ese lazo que no comprendía.

Marco lloraba como un niño indefenso al ver a Mati, medio inconsciente, con los pies sangrantes y cubierto de cenizas. Louis, sumido en pensamientos confusos, se repetía: «Somos la ceniza del eclipse, no podemos caminar hasta el destino», aunque no comprendía del todo lo que esas palabras significaban.

Sofi, desbordada por la tensión, seguía pateando a Marco, quien, reducido a una criatura vulnerable, no hacía más que mirar con

terror la oscuridad de la noche y el brillo incierto en los ojos de sus amigos. Parecía perdido. El grito de Valentina rompió el caos: «¡Basta!», con firmeza, se zafó de los brazos de Antonio, que habían quedado congelados en la confusión, y corrió hacia Marco. Lo abrazó con ternura, le dio un beso en la frente, y, sin pedir ayuda, lo apartó del peligro del fuego.

Louis y Paz, finalmente saliendo de su trance, reaccionaron sin decir palabra y se apresuraron a alejar a Mati de las llamas. Mientras lo arrastraban con cuidado, intentaban rescatar lo que quedaba de la noche y de sí mismos. Sofi temblaba, a pesar de querer matar a Antonio durante mucho tiempo, nunca había lastimado a nadie. Alzó la mirada, sintió un reconfortante calor en sus hombros y vio una pequeña ráfaga de luz en el cielo:

«Es el eclipse», balbuceó el Mati, también temblando y sin comprender el tiempo. Todos temblaban. Antonio había posado su brazo sobre el hombro de Sofi, le dio las gafas desechables para ver el eclipse, la miró a los ojos y dijo: «Tranquila, ya todos lo sabemos, "Vale" también te quiere. Todos te queremos». Ella lloró lagos enteros en su hombro, él había guardado las gafas desechables y ahora tenía que repartirlas, así que llamó con la mirada a Louis y a Paz para que las entregasen al resto.

—Te quiero hermano, me alegra que estés consciente —le dijo Louis al entregarle las gafas.

—Sé que ustedes me ven como un idiota —le respondió Mati.

—Todos somos idiotas —terminó Louis y le entregó las gafas a Marco junto con un silencioso abrazo.

Paz entregó las gafas a "Vale" y llamó a Louis para ver el atardecer juntos.

—Vi tu dibujo de la sirena, ¿sabías que en la mitología griega las sirenas tenían alas? —preguntó ella. Él guardó silencio, pero Paz

necesitaba una respuesta, así que le dio media vuelta, bajó su cabeza y, cuando le obligó a mirarla, dijo:

—Te gustan mucho los símbolos, ¿no? Dibujas sirenas, sientes que los arupos arden, que un eclipse puede abrir las puertas del destino y no puedes darte cuenta de...

—Tengo miedo —le cortó Louis y, como un pequeño niño, la abrazó con todas sus fuerzas. Era uno de esos húmedos abrazos que no conocen al tiempo, que tienen unas cuantas lágrimas y no siempre huelen bien, pero duran una eternidad.

Tal vez, los únicos símbolos que no necesitan interpretaciones (a diferencia de las visiones de Louis, ¡que infierno!) sean los ojos; y en esa cima, de una región sin nombre, en un bosque ajeno al mundo, había catorce ojos.

Nadie supo qué pasó tras el eclipse, ese gran resplandor cálido, que abrazaba y quemaba a la vez, que proyectaba infinitas sombras en los troncos de los árboles, que iluminaba a las flores de ese arupo imposible y colmaba de paz, de verdadera paz, a esos niños envueltos de terror. ¿Acabó con el mundo o inició uno nuevo? Lo que sí se supo es que una nueva constelación de catorce estrellas nació esa madrugada. «Somos la única constelación en este punto del universo», pensó Mati. Tal vez, no siempre pensaba idioteces.

Lluvia de media tarde

Michael Lema

En el centro del patio, entre dos edificios grises que parecían más condominios que oficinas, Daniela observaba la escena casi sin pestañear. Un hombre de unos cincuenta años acariciaba con suavidad el cabello castaño —ahora teñido de rojo— de una mujer que yacía en el suelo. El concreto a su alrededor se teñía lentamente de un carmesí diluido mientras los transeúntes, algunos sorprendidos, otros asustados, y otros tantos indiferentes, pasaban sin detenerse.

Daniela, sumida en sus pensamientos, no podía hacer otra cosa que mirar. Poco a poco, sus ojos color café se llenaron de lágrimas, que comenzaron a deslizarse por su rostro, desde sus ojos hasta el lunar en forma de estrella junto a su boca. La tristeza y el desconcierto de la escena la abrumaban, tanto que había olvidado qué hacía allí, atrapada en una sensación absurda.

Un golpe de realidad, o quizás muchos, le devolvieron la consciencia: pequeñas gotas de lluvia que caían desde el cielo la obligaron a reaccionar. Estaba esperando, sentada en los bancos que separaban los dos edificios. El hombre y la mujer trabajaban en cada uno de ellos.

—Dijiste a las cinco —reclamó Daniela, nerviosa, con el teléfono en la mano.

—Lo sé, lo sé... Solo voy a dejar la carpeta en el escritorio de Pancho y bajo —respondió mientras se colocaba un abrigo que le habían regalado esa misma mañana.

—Date prisa o perderemos la reserva.

—Las cosas a su tiempo, Daniela, ya estoy bajando —colgó con calma. Caminó por un largo pasillo lleno de escritorios, su mente ocupada en terminar lo que debía hacer para poder irse.

Al llegar a la oficina de su amigo Pancho, dejó la carpeta sobre su escritorio, intercambiaron unas breves palabras, una apresurada felicitación, y se despidieron. Se arregló el cabello blanquecino frente al espejo del ascensor, emocionado. Cruzó la puerta de vidrio que separaba la oficina del exterior. En una mano sostenía un ramo de girasoles y una caja de chocolates en la otra, más que listo para la noche.

A medida que caminaba hacia la salida, sus pensamientos volaban hacia lo especial que sería ese día. Imaginaba la cena, las risas, los regalos: «¿Le gustará el obsequio que le había comprado?» Pero cuando la vio a lo lejos, inmóvil y con la mirada vacía, su corazón se detuvo. Algo andaba mal. Corrió hacia ella, y entonces lo vio todo: su amada se desvanecía, el bolso desaparecía en manos de un ladrón que huía en la distancia. Lo último que alcanzó a percibir fue su mirada llena de lágrimas y terror antes de que cayera al suelo. Él se arrodilló junto a ella, paralizado, incapaz de hacer nada más que acariciar su cabello.

Daniela seguía allí, inmóvil. Los murmullos de la gente y las sirenas en la distancia no parecían perturbarla. Sentía como si una parte de su vida se hubiera desvanecido con esa mujer. Un vacío la invadía. Ni siquiera se dio cuenta cuando un hombre se acercó a ella y la abrazó. La tomó de la mano, la guió hasta un auto, y condujo a través de calles mojadas por la lluvia, tan rápido que todo lo que veía eran formas borrosas y luces titilantes.

Llegaron a una casa. El hombre la condujo hacia el interior y luego salió apresurado, con la ropa empapada y el teléfono en la mano. Daniela sintió un cosquilleo en los brazos, pero no supo por qué. Estaba agotada, tanto física como emocionalmente. Subió las escaleras, dejó caer su ropa al suelo y se tumbó en la cama. Durmió profundamente, aunque no sabía decir cuánto. Lo único que recordaba era una presencia a su lado y un cosquilleo

constante en su mano. Al principio le molestaba, pero después de un tiempo dejó de prestarle atención.

«¿Por qué me preguntan sobre lo ocurrido ayer? ¿Acaso son ciegos? ¿No podían revisar las cámaras de seguridad o preguntar a alguien más? Todos lo habían visto. ¿Por qué insisten en interrogarme?», pensó confusa. Ella no sabía nada, o no quería saberlo. No recordaba o tal vez simplemente no quería recordar. Solo quería irse a casa.

Había llegado a la comisaría esa mañana acompañada del mismo hombre que la había recogido el día anterior. Él estaba en la sala contigua, hablando con otra persona. La oficial a cargo le hizo muchas preguntas, pero Daniela no prestaba atención. No sabía qué le había respondido. El tiempo se le escapaba entre los dedos: segundos, minutos, horas... Entraron al amanecer y, cuando salió, ya era de noche. Las estrellas cubrían el cielo, sus ojos ardían de cansancio, y la sed comenzaba a hacerse insoportable.

Al llegar a casa, se saltó la cena y subió las escaleras. Una vez más, se recostó, y de nuevo sintió esa presencia a su lado. La ignoró.

No quería ir a clases, y nadie podía obligarla. Su celular no paraba de sonar ni de vibrar. Eran cientos de mensajes de sus amigos, pero no los leía. Sabía perfectamente lo que decían. Los primeros días fueron reconfortantes, pero ahora le resultaban molestos.

Bajó a desayunar, luego se cambió de ropa, sin saber exactamente por qué lo hacía o hacia dónde iba. Subió al auto y, durante el trayecto, comenzó a contar los árboles, los coches, las personas.

Su mente quedó en blanco otra vez. El único recuerdo claro que tenía era el cosquilleo en su mano.

Caminaba. Veía flores, muchas flores, frescas y marchitas, de todos los tamaños y colores. Nunca había visto tantas, salvo en las floristerías, pero sabía que no estaba en una de ellas. También vio gente, conocidos y desconocidos, rostros que no había visto en años, quizá décadas. Y, al alzar la vista, lo comprendió. Estaba rodeada de lápidas.

De pronto, todo a su alrededor se volvió nítido por unos segundos. Vio a su padre, a sus abuelos, amigos y conocidos. Sintió el cosquilleo en su mano nuevamente, pero esta vez supo la razón: su perro, fiel a su lado, le lamía la mano. Ahí estaba su padre. Se acercó al ataúd. Despidieron a la mujer que tanto amaban, mientras una lluvia de flores la cubría. Y luego, oscuridad. Silencio.

Aún esperaba el día en que su madre regresara. Pero eso no pasaría. Se sucedían las semanas y la vida solo seguía. Caminar con ese hombre por el centro de la ciudad, sin saber por qué. Entre la multitud, una mujer de cabello castaño captó su atención, y por un momento el mundo pareció detenerse y su mente quedó en blanco. Su memoria jugaba con ella: a veces recordaba detalles triviales con una nitidez inquietante, mientras que los momentos importantes parecían desvanecerse.

Todo le resultaba distante, envuelta en una bruma densa, flotando sin dirección. De repente, un destello de luz blanca la deslumbró. Imágenes fugaces se apoderaron de su mente: su padre, un hospital, y el sonido agudo e incesante del monitor cardíaco, ese pitido monótono que marcaba el fin, algo irremediable.

El tiempo había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Lo que comenzó como un día se había convertido en semanas, luego meses, y después un año. Pero aún había días en que sentía que todo había ocurrido ayer. Frente a una lápida con un nombre que le resultaba demasiado familiar: Daniela. Se detuvo. Compartía su nombre. Observó a su alrededor. Había mucha menos gente que hace un año. Su padre conversaba con sus hermanos a unos metros de distancia. Un mensaje de texto hizo vibrar su teléfono en el bolsillo, no lo leyó. Quería quedarse un poco más, contarle a ella todo lo que había pasado. Decirle cuánto la extrañaba.

Diez años después, Daniela llevaba unos documentos de un lugar a otro, como había hecho tantas veces que ya era un hábito. Caminaba por la ciudad mientras los últimos rayos de sol acariciaban los tejados. Nubes oscuras se cernían sobre su cabeza.

Pensó en su madre, en qué cenarían esa noche, y en su padre, que quizás ya había llegado a la ciudad. Justo aquel día había olvidado su paraguas. Se sentó en los bancos entre los dos edificios. Entonces, la lluvia la despertó de sus pensamientos. Daniela, consciente de su soledad, dejó que una lágrima resbalara por su mejilla, recorriendo su cara hasta el lunar en forma de estrella. El concreto se llenaba de agua, mientras la gente pasaba por su lado. Daniela miraba, sin pestañear, la escena nostálgica frente a ella. Pero ahora, estaba sola. Bajo un cielo gris, observaba a la mujer de cabello castaño, que, bajo la lluvia de media tarde, desaparecía en la distancia.

The background is a yellow halftone pattern. The density of the dots is highest at the top and gradually decreases towards the bottom, creating a gradient effect. The dots are small and uniform in size.

En la memoria de los espejos

Galo Carpio

La paráfrasis de Dios comenzó como una invitación ilegítima a refutarse a sí mismo: eructó una idea.

Frente a un espejo enmarcado en un dodecaedro bidimensional, suspendido en el paraninfo de la casa de su abuela, se permitió sumergirse en un mundo posible, este mundo posible. Se sujetó a la silla, parpadeó en dos tiempos.

La luz cobró vida propia. Astor contempló la vacía figura que le hablaba desde el techo de su habitación, un austero cubículo conventual de la iglesia de San Francisco. Sin entender del todo esa presencia transparente, se confesó en silencio y se incorporó.

El reloj en su muñeca marcaba las tres de la madrugada. Sin más, cruzó la habitación, un espacio abarrotado de libros, con una cama, un pequeño escritorio con un cajón, y un baúl al pie. Se acercó a la ventana, un cuadrado aparentemente trazado por obligación, que dominaba la mitad de una de las paredes. Desde allí provenía un tintineo constante, como un silbido perdido. Se asomó y, para su sorpresa, vio a un Astor... pero no era él. Él estaba ahí, o al menos eso creía. Pasó la mano izquierda por su rostro, en un gesto descompuesto, como una bicicleta sin frenos. Con un hilo de saliva colgando en la comisura de su labio, preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy tú —respondió la sombra borrosa que solo él podía ver. La presencia, cálida y etérea, le extendió la mano. De las yemas de sus dedos escurrieron minutos en forma líquida, semejantes a la baba de un perro o al sudor de un anciano a punto de entrar en la bañera. El líquido se fusionó con la ventana, convirtiéndola en otro Astor. El cristal pasó a ser un espejo, y Astor, una sombra de sí mismo. Ahora, era el espejo quien hablaba.

—¿Quién eres tú? —dijo con una voz áspera.

Astor ya no respondió; no podía hablar. Solo sentía el frío del vidrio empañado por el aliento del viento. Tocó la superficie con todos

los dedos, como quien acaricia un libro centenario. Al otro lado, un hombre le devolvía la mirada. Le resultaba vagamente familiar, pero no lograba identificar quién era. Lo observó sobre una cama, con las manos completamente tatuadas de negro, sujetando las esquinas de la cama como si de anclas se tratara.

La visión lo desconcertó, pero pronto se rindió a la curiosidad. Su mirada recorrió su lado de la habitación, la del espejo, donde todo parecía igual, aunque no exactamente. Allí donde un Cristo de Sangurima empolillado colgaba sobre la cabecera, ahora se tambaleaba un cráneo humano con ojos aún en las órbitas, sostenido por hilos como si fuera un macabro saludo. Donde antes había un mapa de Cuenca, que intentaba con una geometría imposible trazar la unión de todas las iglesias de Cuenca, ahora se extendía un mural profano de Galo Mosquera. Lo familiar se distorsionaba; una vela era reemplazada por un mechero, un vaso por una vasija de vino, un libro por dos.

El olor familiar a monedas y tabaco, propio de los viejos ceniceros, emanaba de los libreros. Los libros, dispuestos casi idénticamente, se entremezclaban con postales de santos y paisajes urbanos y rurales, recuerdos de los pensadores que alguna vez le enseñaron en la casa de sus abuelos. Pero todo estaba vivo. Las imágenes hablaban, susurraban, reían en un caos infantil.

Astor, sin comprender aún lo que a cualquiera volvería loco, soltó una carcajada estruendosa. Al dar un paso, sin querer, rompió en seis pedazos una figurilla de arcilla que caminaba por el entablado. Al inclinarse para recoger los trozos, reconoció a la Virgen del Cisne, distinguible por su cabellera de rizos. Un pequeño bulto emitía un balbuceo apenas perceptible. «¿Es Dios?», se preguntó, y aunque lo dudaba, lo colocó con cuidado sobre un almohadón carmesí que reposaba en el escritorio.

Decidido a cruzar la puerta de proporciones universales, acarició la manija chirriante que parecía moderna en contraste con todo lo

demás. Al atravesar el umbral, el mundo se dibujaba y desdibujaba ante sus ojos: estructuras imposibles, formas fluctuantes, seres inasibles.

—¿Qué puede caber en una cabeza? —murmuró, pero el eco de su propia pregunta invocó una respuesta inesperada.

Desde una distancia indeterminada, se acercó una *tzantza*, la cabeza reducida de un antiguo brujo.

—Yo seré tu guía —susurró la cabeza de cuero junto a su oído izquierdo.

—¿Tú, una cabeza hecha de cuero, quieres guiarme a mí? —respondió Astor con desdén.

—No, solo quiero guiarte a ti —replicó la cabeza.

Astor intentó buscar un cigarrillo en su bolsillo, pero descubrió que ya no tenía brazos. Él también era ahora una *tzantza*: cuero, pelo canoso, aire, una voz flotante, una palabra constante.

—Seré solo una forma borrosa, pero al menos una forma con existencia —le dijo la *tzantza*.

Astor se dio cuenta de que ya no veía con sus ojos ni escuchaba con sus oídos. Las palabras se comunicaban a través de su presencia, como un murmullo mental que resonaba solo para algunos. Sentía un líquido caliente resbalar por los hilos que mantenían su boca unida. El guía le explicó que era el esperma de un ser flotante y permanente.

A medida que avanzaban, Astor notó cómo la silueta, una mezcla de sombra y luz, escupía pequeños charcos de baba que untaba en un ser igualmente solemne a su lado.

—¿Qué tan asqueroso puede ser un fluido? ¿Qué daño puede hacer al hombre? —preguntó, aunque la respuesta parecía evidente.

De pronto, ante ellos se desplegó una multitud de cabezas reducidas, siempre de un joven junto a un anciano curtido y cicatrizado, con pelos blancos.

—¿Ellos son como yo? —transmitió mentalmente.
—No, tú eres como ellos —respondió la *tzantza*.

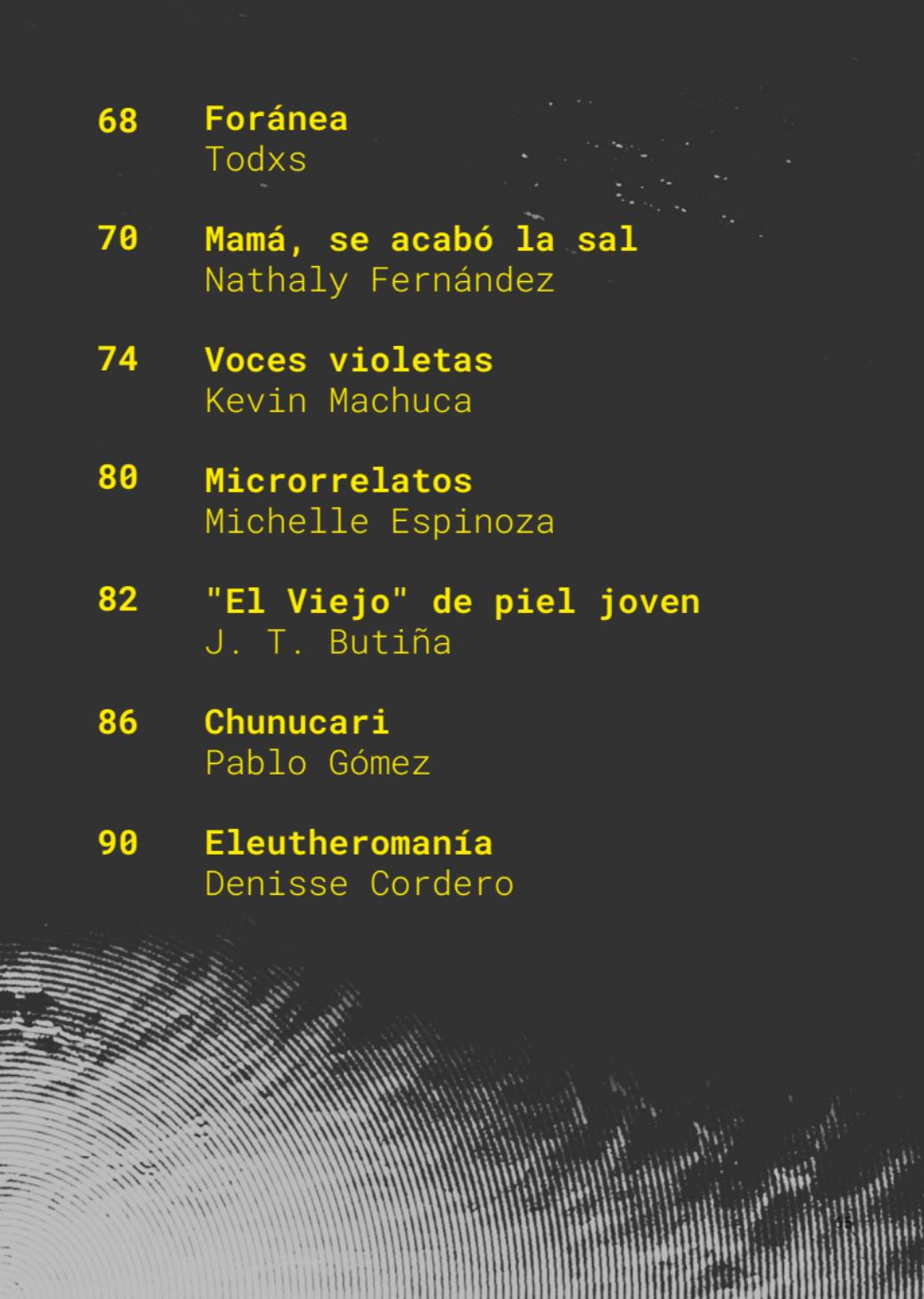
Sintió cómo los hilos de sus pensamientos se entrelazaban, arrastrados hacia un punto común. Todas las cabezas se aglomeraron, y los hilos que mantenían sus bocas unidas estallaron con un grito de hedor a aceite quemado en carne viva. El vapor turbio lo envolvió, hasta que su cuerpo se disolvió en fluidos.

Su cama se convirtió en un charco espumoso, revelando las sábanas blancas del colchón. La luz, finalmente, tomó presencia propia. Astor miró su muñeca: eran las seis de la mañana, un trece de mayo.

Colectivo



B

- 
- 68 Foránea**
Todxs
- 70 Mamá, se acabó la sal**
Nathaly Fernández
- 74 Voces violetas**
Kevin Machuca
- 80 Microrrelatos**
Michelle Espinoza
- 82 "El Viejo" de piel joven**
J. T. Butiña
- 86 Chunucari**
Pablo Gómez
- 90 Eleutheromanía**
Denisse Cordero





Foránea

Todxs

La palabra "foránea", según la RAE, parece sencilla: "alguien que es o viene de fuera". Pero, en realidad, encierra una complejidad profunda.

Ser foránea es tener una familia lejos y, al mismo tiempo, crear una nueva aquí. Es habitar un cuarto diminuto, donde el baño se comparte con desconocidos. Es luchar por mantener tu identidad mientras intentas adaptarte a un espacio que no es el tuyo. Es asumir riesgos, sentirte desprotegida, y aprender a convivir con el miedo.

Es también encontrar una red de apoyo, esa mano amiga cuando el miedo te paraliza. Fue esa palabra que resonó más fuerte cuando perdimos a Abigail, haciéndonos conscientes de lo numerosas que somos y de lo terriblemente solas que podemos sentirnos.

Este mensaje es para todas las foráneas: ¡Que siempre encuentren un lugar donde sentirse seguras, un sitio al que puedan llamar "hogar"!



Mamá, se acabó la sal

Nathaly Fernández

Katy descubrió el verdadero significado de vivir sola el día que se le acabó la sal. Con mamá, el frasco siempre estaba lleno, y nunca había de qué preocuparse. Pero desde hace un año, Katy ya no vive con ella. Su nuevo "hogar" —si es que puede llamarlo así— es un pequeño cuarto apenas funcional: una cama, un armario, y una vieja mesa que cruje al más mínimo toque.

Como ocurrió con la sal, Katy fue descubriendo las complejidades ocultas de la vida cotidiana desde que se convirtió en foránea. Extraña. Ajena a este lugar que todavía no siente propio.

«Mamá, ¿cómo haces la colada que tanto me gusta? ¿Cómo preparo el arroz?» Sus preguntas siempre encuentran respuesta. No importa la hora, sea de día o de noche, su madre está siempre al otro lado de la línea, al rescate.

Cada mes, Katy espera ansiosa lo que llama "el cartón mágico", ese paquete que su familia envía con esmero desde casa. Aunque a veces llega aplastado por el largo viaje, contiene todo lo que necesita para sentirse cerca de su hogar: carnes cuidadosamente sazonadas por su madre y empacadas en pequeñas bolsas, huevos, arroz, queso, verduras, y sobre todo, verde. Mucho verde. El infaltable producto que, con cada bocado, la transporta de vuelta a su tierra.

Es 14 de mayo y, al salir de su clase de inglés, Katy se siente envuelta por una mezcla de prisa y nostalgia. En la puerta del instituto, mientras conversa con sus amigas, un vendedor de flores se acerca. Sin pensarlo mucho, compra una rosa. Usualmente se quedaría a charlar unos minutos más, pero hoy todas parecen tener prisa.

Katy sube al bus de la línea 7, que está más lleno de lo habitual. Como ella, otros pasajeros llevan flores en las manos. Mientras observa la rosa con atención, un sentimiento de soledad la invade. Piensa en todas esas calles que aún no ha logrado memorizar en esta nueva ciudad. Solo sabe cuál es su parada porque la identifica por el olor familiar de un local de pollos asados.

Cuando llega a su departamento, el silencio es lo único que la recibe. Coloca la rosa con delicadeza en un vaso, improvisando un florero. Inicia una videollamada con su madre. Al ver la flor, los ojos de Deisy se llenan de lágrimas:

—Te extraño, mi amor. Espero que pronto vuelvas a casa.

Esas palabras hacen que Katy sienta la distancia más que nunca. La ausencia de su madre pesa en su pecho, pero se niega a dejarse vencer por la soledad.

Encuentra consuelo en los pequeños gestos que la conectan con su hogar: las videollamadas que la acercan a su madre, el cartón que huele y sabe a casa, las risas compartidas con sus amigos, y las rutinas diarias, como pasear por los mercados bulliciosos, aunque casi siempre olvide comprar la sal.

Voces violetas

Kevin Machuca

Domingo, 10 de diciembre. Casi es mediodía. El cielo se divide entre azul y gris melancólico, matizado por unos destellos de sol. En la tierra, un puente blanco y violeta atrae las miradas. Cientos de nombres están pintados ahí. Cientos de nombres de mujeres que hoy ya no están. Cientos de nombres de mujeres, madres, hijas, amigas, compañeras asesinadas en este Ecuador: 1 328, desde el 1 de enero de 2022, según datos del Consejo de la Judicatura.

Ahí están MELANIE, ESTEFANÍA, KATHERINE, XIOMY, OLIVIA, FERNANDA, MARIBEL, TANIA... La lista sigue. Con letras blancas y manos color rojo sangre, se lee: ABIGAIL.

ABIGAIL: 18 años, estudiante de la carrera de Educación Básica en la Universidad de Cuenca. Fue vista por última vez el 8 de octubre de 2023. Más de un mes después, la tarde del 16 de noviembre, un cuerpo en estado de descomposición fue encontrado en una quebrada en el sector de Ayancay, en Azogues.

—¿Qué pasó con la chica?

—¡La mataron, la mataron! —un hombre cabizbajo, con su hija en brazos, le cuenta irritado a su esposa lo sucedido días antes.

Junto a todos los nombres, en una esquina superior hay una frase que completa la escena: *No sentir rabia es un privilegio*. RABIA, DOLOR, INDIGNACIÓN, TRISTEZA: todos estos sentimientos llevaron a un grupo de activistas a apropiarse del puente.

Mucho antes, a inicios de 1900, este memorial blanco y violeta que hoy conocemos era apenas una pequeña plataforma de madera, de no más de tres metros de ancho, atravesada por vigas

rectas del mismo material. En 1917, tenía una cubierta sostenida por pilares de madera y era conocido como puente Tarqui, según el libro "Los Puentes de Cuenca", de Raúl Zamora. En 1930, ya mejor construido, pasó a llamarse Mariano Moreno.

La historia de los puentes de Cuenca, como el Mariano Moreno, es testimonio del paso del tiempo y las transformaciones de la ciudad. Esta estructura se mantuvo firme durante la devastadora crecida del río Tomebamba en 1950, cuando la furia de las aguas destruyó tres importantes puentes: El Vado, Todos Santos y El Vergel. La ciudad quedó incomunicada, dependiendo de la resistencia de sus infraestructuras para volver a conectar sus partes. Este hecho marcó un antes y un después en la historia de Cuenca, tanto en términos de desarrollo urbano como en su resiliencia.

Hoy, décadas después, otro tipo de oleaje se avecina: la marea verde y la marea violeta. Ambas luchas simbolizan la resistencia, la justicia y el deseo de un cambio estructural, no en las piedras y pilares de los puentes, sino en la sociedad misma.

3 de Noviembre de 2020. Era un día festivo, pero...

Los cambios a veces traen resistencia. La resistencia constante contra autoridades como el entonces concejal, Cristian Zamora, sancionaba la búsqueda de esa justicia por muchas que ya no están, pedía identificar a "vándalos" o proceder a detenerlos en flagrancia a través del sistema de monitoreo.

Verónica Abad, actual vicepresidenta de la República, resistía, enfrentaba y obstruía estos ideales con un mitín político y la firma hacia el "No aborto en Ecuador".

«Aquí están las mujeres que violó El Mangajo, creo que hay una canción de él: *El mangajo, el mangajo, el mangaaajooo*», suelta un hombre de apariencia robusta, con la mirada al frente y un tono de ironía. Está acompañado de dos personas. A su lado, en la parte superior de una de las paredes del puente, una frase: *No sentir rabia es un privilegio*.

¿Rabia? ¿Enojo? ¿Impotencia? Todo eso es plasmado en las miles de voces que reclaman justicia por sus hermanas violentadas y asesinadas, como Maribel Pinto, a quien le quitaron la vida con 113 puñaladas una madrugada, 3 de Noviembre de 2020. Es por eso y muchos casos más que días después, el puente fue apropiado para ser símbolo de lucha y empatía contra la violencia hacia las mujeres.

25 de noviembre de 2020 —miércoles—, Día Mundial de la Eliminación de la Violencia hacia las Mujeres. La consigna “Vivas nos queremos” se apodera del puente Mariano Moreno.

¿Quieren que dejemos de manchar sus muros? ¡Fácil dejen de matarnos! Este mensaje —grabado con pintura negra— apareció un día en el puente. Un puente aún gris, a tono con las nubes de esa triste tarde del viernes 6 de noviembre de 2020. Además, velas, flores y cartulinas lilas. Una especie de homenaje a las muertas. No muertas, asesinadas. Eso: mujeres violentadas y asesinadas.

Así inició la transformación de este lugar como un espacio de reflexión y memoria cuando, tres días antes, Maribel Pinto, activista y cofundadora del Movimiento Afro de la provincia de

Azuay, fue asesinada por 113 puñaladas, manchando de rojo la historia de la ciudad...

—Asesiné a una man —confesó un mecánico de 25 años a los policías.

En la pequeña oficina de Liz, un estante repleto de discos de bandas de rock y una biblia cubierta de polvo añaden un aire nostálgico al espacio. Junto a ellos, una pila de libros parece olvidada, intocada por el tiempo. El centro de la escena es un computador, sostenido por un escritorio de madera ya desgastado, lleno de rayones y decorado con fotos familiares pegadas en su base. En la pantalla, los relatos de una mujer resuenan. Ella, con gafas redondas y vestida de negro, al igual que su corta cabellera, observa atenta, sumergida en la narrativa. Liz Zhingri, una destacada activista y un símbolo prominente de la causa feminista en Cuenca, defiende:

El puente no es por el puente, puede ser una calle o las escalinatas, no es tanto el puente sino el significado que se ha construido a su alrededor, la importancia es el significado y el simbolismo que nosotros le hemos dado. Porque nos lo hemos apropiado en tal sentido que ahora cualquier persona que pasa por ahí no puede pasar inmune a los nombres que están en ese puente, no puedes pasar al margen.

Con la voz temblorosa y los ojos empañados, Liz recuerda que la activación del puente que ocurrió el 25 de noviembre de 2020 fue un momento especial:

A las 7 de la noche con mis compañeras, después de todo el día de activación, de juntar a las compañeras, de hacer el rezo, de hacer registros, estábamos sentadas en

el piso, las velas aún estaban prendidas, nos abrazamos y nos pusimos a llorar. La tarde siguiente, en esa misma habitación, el nombre de Abigail es mencionado por su madre, Carol. Su voz nos dio paz, aunque la tristeza y la ansiedad la hacen tomar pastillas para recuperar la calma después de que, días antes, le entregaran el cuerpo de su hija y, aun así, sigue sin creer que es ella la que está en el ataúd.

Carol expresó a las activistas su profundo deseo de conocer los resultados del caso de su hija, enfatizando que no quería que se cerrara hasta tener certeza sobre su identidad. Su angustia se evidenció en la incertidumbre y las preguntas sin respuesta que enfrentaba. Lo que quizá no sabe es que el nombre de su hija no se olvidará tan fácil.

Para recordarla a ella, y a las 1 328 mujeres que han sido asesinadas en Ecuador, desde 2022, por la violencia machista, está el puente. Este puente que aún genera tanta discordia.

En la mitad de la infraestructura hay una placa de color blanco, un poco sucia por el polvo, y hay manchas de los restos de grafiti que han querido profanar este mensaje: *La Ciudad de Cuenca, en memoria de las mujeres cuyas vidas fueron truncadas por la violencia feminicida. Les honramos con el compromiso de trabajar por una ciudad libre de todas las violencias, respetuosa de los derechos humanos. ¡Vivas las queremos! Cuenca, noviembre 25 de 2020.*

The background of the entire page is a yellow halftone pattern, consisting of a grid of small yellow dots of varying sizes and densities. The dots are most concentrated in the lower half of the page and become sparser towards the top, creating a gradient effect.

Microrrelatos

Michelle Espinoza

Color favorito

«**M**i color favorito es el morado», dijo la niña, sin saber que ese sería el único color que adornaría su vida después de su trágica muerte.

El final de un cuento de hadas

Cuando una sirena apareció en el río Tomebamba, como si fuera una noticia mágica en Cuenca, la vecina fue la primera en llegar. El lunes, su nombre ya estaba en volantes y en la voz de los locutores. Pero era domingo.

—¡Ay, muchacha! ¡Tu mamá debió advertirte sobre los príncipes!

Luces púrpuras

La *Pachamama* se aproximó intrigada por el río de luces púrpuras que parpadeaban como estrellas terrenales en una capilla ardiente. Eran luces de agonía y esperanza, cargadas de súplicas hacia el cielo. Los ojos enrojecidos y cansados de la madre derramaron lamentos sobre la ciudad una vez más.

—¿Otra vez? —preguntó Inti, su hijo—. Será la quinta vez esta semana que los ríos se desbordan con tu llanto.

—¿Y cómo quieres que no lllore? —respondió— si continúan matando a mis hijas...

"El Viejo" de piel joven

J. T. Butiña

Las paredes parecen cerrarse cuando hablamos de la vida; todos aquí estamos agotados de ella, y la muerte solo nos invita a soñar. La única puerta del geriátrico, oculta bajo el polvo de una calle olvidada en el centro, permanece abierta, y el camino, se dice, es eterno. Tarde o temprano, un anciano pasa por esa puerta y su figura se desvanece lentamente bajo un resplandor que nadie se atreve a mirar, porque el olvido es un don necesario. Por eso lo escribo en el cuaderno de "El Viejo"; no conozco su nombre y al geriátrico no le importa cuánto tiempo lleva aquí, siempre y cuando su cuenta esté al día.

Solo queda esperar la llamada. Dicen que Dios se manifiesta en los sueños y te arrebató el tiempo. Todos se desvanecen lentamente bajo el resplandor, y "El Viejo" siempre los observa —o su ceguera parece observarlos— mientras sus manos pegajosas acarician, incluso mientras duerme, un cuaderno de lomo oscuro, un fino ejemplar abierto justo a la mitad.

Cuando murió, descubrimos que todas las páginas, salvo dos, estaban vacías y arrugadas. Algo en él también estaba arrugado. Aunque su piel era tersa, mientras fingíamos jugar ajedrez y esperar la llamada, discutíamos si era un dios o un demonio, uno alto, rubio y delgado como una hoja de papel.

Nunca le habían quitado su cuaderno, ya fuera por miedo o respeto, no lo sé, pero estaba harto del misticismo. Después de echar un somnífero en su agua y esperar a que perdiera la consciencia, me acerqué al cuaderno. Solo contenía tres símbolos que ya no recuerdo porque, al observarlos, comenzaron a sangrar hasta desvanecerse. Hace tiempo intenté describirles a otros ancianos lo que recordaba; algunos dijeron que era sánscrito, otros, runas nórdicas o el idioma del diablo. Ahora da igual, el único guardián de ese lenguaje ha muerto y posiblemente ya había olvidado su significado hace mucho tiempo.

Nadie pudo dormir esa noche. Una tormenta atrajo mariposas violetas o negras, y “El Viejo”, al despertar sin los tres símbolos que firmaban el contrato de su existencia como guardián, decidió gritar hasta el amanecer. Era la primera vez que escuchábamos el sonido de su voz. Parecía un ave, un tigre y un lobo a la vez, como si su voz intentara describir el universo. Tal vez estaba pronunciando por última vez los tres símbolos de lo eterno.

A la mañana siguiente, “El Viejo” de piel joven cerró su cuaderno. Ahora, completamente vacío, se levantó solo —algo que su delgado cuerpo no debería permitir— y salió por la puerta, pero su figura nunca se desvaneció por completo. Aunque las paredes se cierran cada vez más, no me atrevo a cruzar la puerta y verlo. Nadie se atreve a ver la criatura que descansa al otro lado de la puerta y no para de llorar, como un bebé.

Chunucari

Pablo Gómez

Ariel sintió dentro de su cuerpo corrientes líquidas que chocaban entre sí y se desvanecían en las orillas. Todo lo que no cabía dentro de las palabras impactó en su torrente sanguíneo como un frío chapuzón.

Era una suave mañana de noviembre en lo alto de los Andes. El cielo estaba resentido con la tierra, pero para él era un día cualquiera mashando en la chakra. Aunque los jacarandás llovían alegres sus canciones y los lánguidos ríos rugían de sed mostrando sus huesos de piedra.

El sol le prestaba su oro a la tierra y sus rayos se fundían en los negros churos de Ariel. Aunque ninguno de sus antepasados tenía el cabello así, una serpiente lo mordió cuando era bebé y cuentan que se salvó porque el veneno se fue a sus rizos. Él era fiel creyente de la vida simple. Acostado bajo la sombra de un arupo, dejó caer su cabeza hacia un costado y, a lo lejos, su ligera atención revoloteó con el aleteo de una mariposa que se posó en las flores de un viejo arupo. Había algo en ese árbol que lo cautivaba.

El arupo ofrecía flores frescas por montones. Eran como cientos de estrellas que se desprendían de las ramas. Ariel se preguntaba qué historias le habría contado el viento al árbol. Aquel que cayera en su hechizo seguramente perdería toda decencia mundana para aventurarse —corazón en mano— en el más secreto de los misterios.

Un escalofrío atravesó sus costillas. Al siguiente parpadeo, todo estaba oscuro y, a la distancia, encandilaba un fuego dorado. Ariel sabía, por su abuelo huaquero, que el fuego que salía de la tierra indicaba la ubicación de un tesoro escondido. Se levantó consciente de que no debía asombrarse, para que la magia no desapareciera.

Del fuego emergió un viejo y grande cóndor, encorvado por el peso de sus plumas. Sintió una incómoda familiaridad con el ave. Recordó que hace unos meses, su abuelo se había ido a lo profundo de los Llanganates en busca de un espléndido tesoro.

El cóndor le mostró un objeto dorado debajo de su ala, lo dejó en la tierra y voló hasta fundirse con el firmamento. Luciérnagas neón empezaron a parpadear por todo el lugar, algo estaba a punto de revelarse. Cuando levantó el artefacto, sintió un déjà vu: era un venado de oro. El sol en sus manos, el río parpadeando lleno de Vía Láctea.

Unas palabras resonaron en lo alto del cielo: “El venado es el mapa que te llevará al Dorado”.

Esas palabras lo dejaron divagando. Sintió nuevamente las corrientes de los ríos, el cielo resentido, el perfume de los arupos y el sol, tan candente como el infierno...





Eleutheromania

Denisse Cordero

Eleutheromania. Esa era su palabra favorita, el recuerdo más antiguo que guardaba de su familia. Su madre la mencionaba con frecuencia, afirmando que su padre la había inventado para describir uno de los mayores anhelos de la humanidad.

Con el paso del tiempo, la imagen de su madre se difuminaba en su mente. Podía evocar la suavidad de su voz y el brillo de su cabello negro, pero el color de sus ojos cambiaba con cada recuerdo. A veces los veía verdes, tranquilos, como un remanso de paz; otras, los imaginaba azules, tristes, melancólicos. Lo único que permanecía claro era la expresividad de aquellos ojos que tanto había admirado de niño.

—Mamá, ¿qué significa Eleutheromania? —preguntó una vez, intrigado.

—La libertad está limitada por la realidad —respondió su madre—. Te dirán que el soldado no es más libre que el campesino. El soldado tiene poder, el campesino solo se tiene a sí mismo. El primero puede matar, el segundo solo pedir clemencia. —Y empezó a tararear suavemente—. *Te salgo a buscar, quimera. Mariposa de papel...*

—Pero eso suena feo —replicó él, mientras sus manos seguían el ritmo de la melodía.

—Sí, es feo, pero es la realidad. El poder otorga más libertad, y para quienes mandan, eso basta. Nadie se atreve a alzar la voz. A los que piensan en derechos y justicia, se les silencia. Los muertos no cambian nada —dijo con firmeza.

—¿Podemos hacer algo? —Una pequeña esperanza comenzó a nacer en él, una esperanza que se aferró a lo más profundo de su ser.

—Es un trabajo arduo y peligroso, hijo. La muerte siempre ronda a los pensadores. Si eres una amenaza para el poder, es más seguro que termines en un cementerio. Pero a veces, las cosas cambian. Algún día...

Esa conversación quedó grabada en su memoria. Sentía una tristeza melancólica al recordarla.

—Eso es lo que tu padre llamaba Eleutheromania: el deseo irrefrenable de ser libres algún día, aunque esa libertad tenga un precio. Pero por ahora, estamos oprimidos por quienes nunca han pasado hambre —sentenció su madre.

Cerró los ojos, dejando que la suave melodía y el recuerdo de los ojos verdes lo envolvieran.

—Te voy a seguir buscando, la vida entera...

—Mamá, ¿por qué me cuentas esto? Me pone triste.

—Fuiste tú quien preguntó —respondió ella, esbozando una sonrisa—. Y tienes derecho a conocer tu realidad. Así, cuando crezcas, nada te sorprenderá: ni cuando el panadero te cobre el doble por el pan, ni cuando la presencia de un soldado te haga sentir incómodo.

De pronto, una explosión lo arrancó de sus pensamientos. Miró a su alrededor, desorientado. Algunas personas se ocultaban detrás de autos, lanzando bombas molotov. Un grupo más pequeño derribaba las barreras que protegían el edificio del Gobierno. Los soldados se agrupaban, formando una fortaleza humana. El humo de las llantas en llamas le quemaba la garganta. Sus manos temblaban y sus ojos picaban por el gas. Se ajustó el pañuelo que llevaba como mascarilla y la gorra que usaba como casco. Miró la camiseta de su país, su única armadura, y corrió hacia la batalla. El miedo lo invadía, pero su corazón latía con fuerza.

Otra explosión resonó, y un recuerdo emergió.

—Hijo, el hombre lucha por sus ideales más profundos —le había dicho su padre en una tarde mientras caminaban por el campo—. El pensamiento no debe mezclarse con el sentimiento.

—¿Por qué?

—Porque si el corazón manda en la guerra, no serías un soldado; serías un hombre consciente de sí mismo, vivo cuando deberías estar muerto para luchar. Pero si la mente domina al corazón, no serías un hombre; solo serías egoísta. El pensamiento y el sentimiento deben convivir en armonía. Ninguno puede dominar al otro.

Su padre, al igual que su madre, se desvanecía en sus recuerdos. A veces lo recordaba como un hombre robusto; otras, como un hombre delgado, ligeramente encorvado, siempre impecable.

—Yo no quiero ser soldado. ¿Por qué inventamos la guerra? —preguntó en una ocasión.

Su padre suspiró, dejando a un lado el trabajo en la tierra:

—La guerra es el mal del hombre. Por el placer del dominio, la destrucción y el poder. Un soldado puede liberar a su pueblo o someter a otro. Ahora te pregunto: ¿qué soldado serías? ¿El que mata para liberar o el que mata para dominar?

—Sería el que libera, pero no sería soldado, sería un liberador —sonrió con su respuesta—. Porque quien pelea por obligación no lucha por sus ideales —agregó, acercándose más a su padre, buscando respuestas a sus inquietudes.

—Es la fe en ese liberador lo que da sentido a Eleutheromania —dijo su padre, antes de marcharse.

Y lo vio partir, junto a otros hombres, armados con botellas y banderas. Su padre se convirtió en un soldado de la liberación, un desaparecido, un hombre sepultado en algún cementerio lejano, envuelto en la bandera que una vez llevaba como capa.

Otra explosión lo devolvió al presente.

—¡Queremos libertad! —gritaban los manifestantes mientras los disparos resonaban una y otra vez.

Los militares avanzaban, y el clamor por libertad se hacía más fuerte. Algunos de sus compañeros, heridos, se refugiaban entre los autos; otros yacían inmóviles en el suelo. El sonido de sirenas se mezclaba con los gritos y las explosiones. Paramédicos corrían entre el caos, buscando a quienes aún podían salvar.

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, uno que se perdió en la confusión. Sintió cómo el viento lo abrazaba, como si quisiera reconfortarlo en ese último momento.

«Es eso lo que tu padre decía con Eleutheromania: esa fe, esa esperanza de que un día seremos libres» ... —murmuró para sí mismo, mientras su mente evocaba la suave melodía que su madre cantaba y los ojos verdes que tanto lo habían consolado de niño. «*Te salgo a buscar, quimera, mariposa de papel... te voy a seguir buscando, la vida entera*», tarareó con los labios apenas moviéndose.

Abrió los ojos con pesadez, esperando encontrar el cielo, pero solo vio un techo blanco y frío. Un gemido de dolor escapó de su garganta cuando intentó acomodarse en la camilla. Sus manos temblorosas rozaron los puntos que cosían sus heridas. Afuera, la vida continuaba, indiferente.

Observó por la ventana y dejó escapar una última melodía entre sus labios: «*Dejando la hoja en blanco, cicatrices que el tiempo imprime...*»

Cerró los ojos una vez más. El silencio lo envolvió.

—Tal vez... en la próxima... nos liberemos —susurró, exhalando su último aliento.

Urbano



- 100 Xirofobia**
Patricio Tenecota
- 102 Balcón permanente**
Galo Carpio
- 104 Diario *cyberpunk*
cuencano *curuchupa***
Juan Pedro Corral
- 106 Tráfico**
Michael Lema
- 108 Venta**
Denisse Barreto
- 110 ¡Astaray!**
Pablo Gómez
- 112 El viejo Villavicencio**
David Aguas
- 114 La hacedora de *guaguas* de pan**
Michelle Espinoza





Xirofobia

Patricio Tenecota

En un día soleado y lluvioso a la vez, como solo en el pueblo morlaco podría suceder, el negro Lizardo —así lo llamaban sus amigos— se preparaba para enfrentar lo inevitable: poner fin a su maraña de rizos, su Medusa personal. Con paso decidido, se dirigió al cuarto oscuro y lúgubre donde lo esperaba el calvo de la calle. Observó el mandil blanco que colgaba como una bandera de rendición y sintió las manos ásperas del barbero posarse en su cabeza.

¡Tris, tras!, ¡tris, tras!, resonaban las tijeras, mientras el agua corría por sus rizos. Los dientes negros del peine rasgaban el aire con precisión, domando aquel caos capilar. Y de nuevo: *¡tris, tras!, ¡tris, tras!* El ritual continuaba, como siempre, como había sido durante años. Un rito necesario para librarse de los piojos que, en su nido, reinaban sin clemencia.

—Baja la barbilla, pasa por el cuello —ordenó el barbero. Lizardo obedecía sin protestar, el sudor resbalaba por su frente, la saliva se acumulaba en su tráquea mientras sentía el filo cercano de la navaja.

Navajas iban y venían con precisión milimétrica. Pero en ese momento, un pensamiento lo atravesó como el filo en su piel. «¿Cómo pueden confiarle su cuello a un hombre con navajas en las manos? ¡Carajo!», exclamó para sí mismo. Y, de repente, fue demasiado. El negro Lizardo, un hombre de 90 años que siempre había amado lo tradicional, decidió que sus instintos *millennials* no estaban preparados para enfrentar la antigua brutalidad de sentir el paso de una navaja en su cuello. Sin pensarlo dos veces, abandonó el lugar.

«¿Qué hacía yo, a mis 90 años, en un lúgubre lugar del 43?» , se preguntaba, mientras se alejaba, con una mezcla de alivio y desconcierto.

Balcón permanente

Galo Carpio

Equilibrando una menta en la punta de mi lengua, mientras diminutas puertasse abren para que los relojeros corran a ajustarme los humos, camino por la calle acompañado por un perro tuerto. Me dispongo a cruzar El Vado, un lugar donde se entremezclan pensiones sin hijos, casas con dos hijos y cuartos con cinco hijos, todo enmarcado por el tintineo del martillo, el cobre y el yunque.

Mientras beso las mitologías que allí habitan, la Cruz del Vado se dibuja en mi frente; la recibo con respeto. Desde cerca, un grupo de presencias animosas se hace visible. Me guiñan el ojo, me untan las manos de manteca y me invitan a trepar el palo encebado. Juntos, los de siempre, rasgamos la lira, bailamos y correteamos a los demonios que se deshacen de sus fachadas mientras sus espaldas se deshilachan. Dioses y demonios, o mejor dicho, símbolos y criaturas, se unen con el viento para pronunciar la elegía eterna de los cansados.

Diario *cyberpunk* cuencano *curuchupa*

Juan Pedro Corral

Al pasar por una concurrida esquina de Cuenca, observé a dos niños en la prepubertad que jugaban a lanzar una botella. El objetivo era que la botella cayera de pie después de girar en el aire. No se dirigían la palabra; ya los había visto antes. Sus miradas insinuaban que, por algún motivo, no tenían otro lugar donde estar en ese momento. No parecía que alguien les esperara ni que les mandaran volver si no llegaban. Parecían pertenecer a la calle, y, a veces, que la calle les perteneciera a ellos.

¡Vaya! Parecían «unos *guambras* curtidos», como diría mi viejo.

Mientras los observaba, escuché un crujido en el cielo. Un choque de naves. Una de esas naves *grandotas* —como las que tienen los aniñados— se estrelló contra un aerotaxi.

Ambas naves aterrizaron y se aparcaron en mi vereda. De la nave *grandota* bajó un hombre medio sucio, alto. El aerotaxista también descendió.

—¡Verás por dónde vuelas, gill! ¿No viste el semáforo?— reclamó el aerotaxista.

—¡No me jodas, longo! ¡No sabes con quién te estás metiendo! ¡Remigio Valdivieso, me llamo!— respondió el hombre, bien cabreado.

¡Ha de ser pariente del alcalde! ¡Remigio, encima! ¡Hasta los *guambras* se asustaron!

Año 2320, los sabios y santos varones no guardan ni las formas.

Tráfico

Michael Lema

Rojo

Pitidos de autos que, hagan lo que hagan, no lograrán cambiar de parecer al semáforo.

Miradas impacientes, como la de un depredador observando a su presa. Sin pestañear.

Esperando el momento exacto, esperando la señal.

Amarillo

Un último esfuerzo,
una última esperanza para algunos y una sentencia ya fijada para otros.

Avanzar o parar,
aquí no hay punto medio

Verde

Se abalanzan salvajemente sobre el volante
buscando llegar pronto a un destino que no se mueve.

Venta

Denisse Barreto

Son las 4 de la mañana. En medio de la oscuridad, doña Maruja se levanta a su labor cotidiana. Prepara sus cajas, sus talegos y las canastas llenas de los frutos del huerto. Con prontitud, si el bus no se atasca en el tráfico, doña Maruja se instala en la esquina de la calle Tarqui a las 7:30, y allí, con una inmensa sonrisa, empieza su venta diaria. La gente la ignora y no le presta atención; la repudia en secreto.

Luego de un cansado día sin venta, una señora muy elegante se acerca y le pregunta el precio de un atado de perejil. Ella le responde:

—50 centavos.

—¡Carísimo! ¿Qué es pues? Ya deje todo a 25 centavos.

Doña Maruja, exhausta, solo atina a mirar al cielo y maldecir en silencio.

¡Astaray!

Pablo Gómez

Cerca de la línea ecuatorial, el sol del mediodía empuja hacia abajo los ceños fruncidos de las personas.

Algunos, con la destreza de un árabe del Medio Oriente, se envuelven una camiseta en la cabeza. Otros, más despreocupados, con las manos en los bolsillos, siguen su vida como si el sol ardiente fuera cosa de todos los días.

A esta hora, las personas manejan hornos con ruedas. Una franela roja hace de visera en la ventana de un taxi —cuál estandarte de la viveza criolla—. Pálidas caras empapadas de protector solar, lentes oscuros y ropa ligera hacen proezas para combatir el mismísimo infierno.

Las sombrillas se abren y los abrazos se comparten.

Porque en América Latina nunca estará muy caliente para dar un abrazo.

El viejo Villavicencio

David Aguas

Las voces de viejos ecos e historias se pasean tambaleantes sobre los adoquines de las calles. Otras muchas están ocultas tras cada ladrillo de las casas viejas del centro histórico de la ciudad. Los caminos de las afueras de La Ciudad Letrada están inundados por el paso cansado y lánguido del viejo Villavicencio. El añoso profesor camina entre los muros exteriores de la Catedral. Visita “La Barraca”. Pasea por El Barranco y, finalmente, baja con su paso seguro que hace dudar a la Academia. Su voz se entrecruza con los árboles y las piedras del río Tomebamba. Su ceño se va marcando conforme los años le avanzan y el tiempo se le queda corto.

Un alumno pregunta:

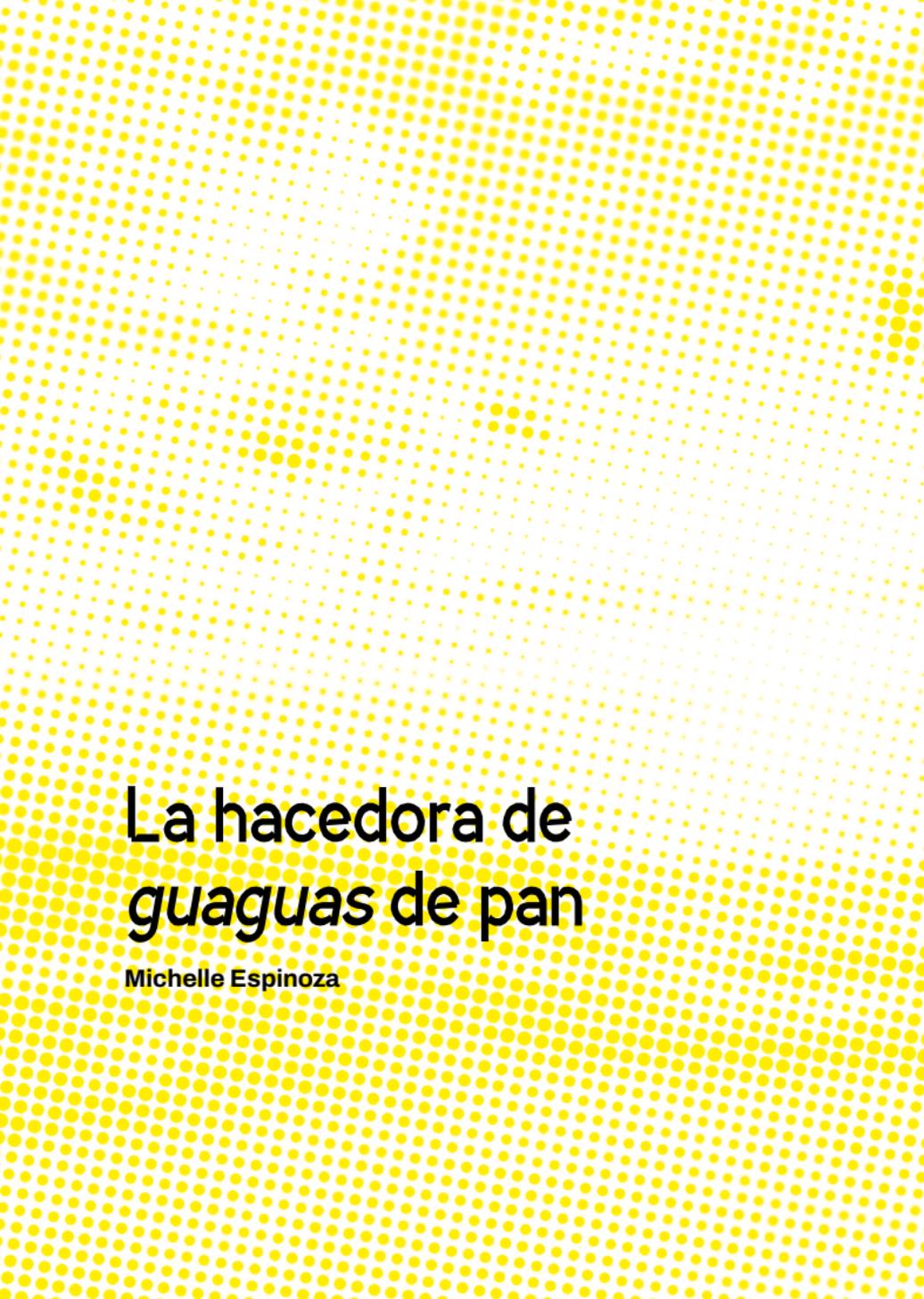
—Profesor, ¿qué hay más allá de la muerte?

Las palabras del alumno estremecen el cuarto frío y solo, en el que ambos se encuentran.

—Hace años, un cazador antiguo y turbado encontró en el bosque una cierva. La miró, apuntó. Cargó el rifle. Disparó. Calló. Y reinó el silencio después del canto despavorido de las aves —dijo el profesor.

Sí, lo entendí. La voz del viejo Villavicencio salió del salón. Cerró la puerta tras de él. Subió a su oficina, paseó un momento. Subió al techo de la facultad. Se lanzó. Aterrizó y se zambulló en el asfalto.

Esa voz vive... Vive en la ciudad, vive en ti. Espera a que la descubras. ¡Ven! Entra en la ciudad de Rama. Vive en las letras. Camina por los adoquines. Escucha los ladrillos de las casas, visita ese bar, escucha las dudas y cuestionate: ¿qué diría el viejo Villavicencio?»



La hacedora de *guaguas* de pan

Michelle Espinoza

La campana de la panadería lloró dos veces como un mal augurio. Un hombre entró al local, cual tormenta, ensuciando el lugar con sus botas mojadas y su mala cara. Exigió hablar con la hacedora de *guaguas* de pan. La espera no duró mucho. A Doña Pilar le interesaba saber quién era este cliente. Hasta ese momento solo había recibido elogios hechos de rosas sobre sus *guaguas* de pan. Todos la recomendaban y amaban en el pueblo porque los panes de Doña Pilar no solo sabían a levadura y mantequilla. Podías saborear besos de la abuelita, magia horneada y el dulce de una infancia perdida envuelta en papel manila.

La mujer se limpió las manos en su delantal, se acomodó el chal de lana sobre sus hombros y se presentó frente al gallo de bigotes tensos y mirada afilada.

—Señora Pilar, queda bajo arresto por sospecha de herejía — lanzó las palabras afiladas con el rostro tenso como si tuviese un caramelo amargo en la boca.

—¡Oh! —No había sorpresa ni duda en su expresión—. ¿No puede venir la semana siguiente? Mañana será el Día de los Muertos y debo terminar de hornear.

El comandante resopló ofendido por la propuesta.

—¡Mañana será quemada en la hoguera! ¿Y, a usted le preocupan los panes?

La hacedora de *guaguas* de pan no sabía cómo explicarle. No tenía tiempo para hacerlo, así que se dio la vuelta y regresó a la cocina cerrando la puerta. La estancia la delataba: olía a canela y a hechizos prohibidos. Debía eliminar cualquier rastro de magia. No era adecuado hacerlo con un comandante golpeando la puerta, pero no tenía otra opción.

Sabía que, si dejaba su panadería desprotegida, la gente vendría y arrasaría con todo, guiada por su curiosidad y el miedo a la magia prehispánica. Y más de una compañera de oficio quería saber cuál era su secreto para hacer sus *guaguas* de pan de Día de Muertos.

Sacó del horno los panes recién hechos. Eran como cachorros de caramelo dormidos, que debía ocultar si no quería que fueran robados. Los tomó en canastas y los escondió bajo llave.

Amontó sus frascos de mermelada de mora mezclada con corazones rotos, de arrayán hecho con inocencia y de hojas de hierbaluisa recogidas antes de la Conquista.

Todo debía ser escondido. No era la primera vez que acusaban a alguien de herejía por practicar magia prehispánica.

—Se ven tan deliciosos —murmuró una intrusa con la voz ablandada por el hambre.

Doña Pilar se congeló de inmediato. Había olvidado el fino olfato de los muertos para detectar pan recién salido del horno.

Se giró para encontrarse con su cliente sorpresa. Era una joven ataviada con un vestido hecho de retazos del sol, sentada frente a su mesón de cocina. Movía sus pies fantasmales con alegría mientras se disponía a comer una *guagua* de pan recién horneada.

Era una Virgen del Sol, una joven elegida para servir al Dios en un imperio caído hace mucho. A pesar de los más de cinco siglos desde su muerte, mantenía su jovialidad y ternura cada Día de Muertos al acudir a su panadería favorita. Este año lo hizo un día antes.

Ese era el secreto que Doña Pilar guardaba celosamente. Ella preparaba un pan inigualable porque no estaba pensado solo para los vivos. Su arte era un tributo a las almas de aquellos que ya no estaban, un acto de amor que trascendería la vida misma. Mientras que en su panadería la tradición se mantenía viva en cada *guagua* de pan, sus creaciones eran una ofrenda tanto para las familias cuencanas como para los espíritus que regresaban cada año en busca de su dulce consuelo.

—¿Quién es ese caballero que está tocando la puerta tan violentamente? —preguntó la joven, limpiándose las migajas de los labios.

—Un alma errante sin raíces. No le prestes atención —le respondió Doña Pilar.

La Virgen del Sol observó con curiosidad pero no dijo nada más. Tomó un sorbo de su colada morada y, tras un momento, se levantó y se marchó. Pocos instantes después, varios hombres con armadura plateada irrumpieron en la panadería, rompiendo la puerta para capturar a la "bruja".

—No toquen nada —advirtió Doña Pilar al ver a uno de los hombres tomar una *guagua* de pan.

Sus palabras se perdieron entre el alboroto mientras le colocaban grilletes y la sacaban bajo la lluvia salada y fría. Mujeres y hombres se asomaron a los balcones para ver a la persona que se había atrevido a apresar a la hacedora de *guas* de pan. Murmullos sobre los ingredientes secretos y el futuro del Día de Muertos se extendieron por el pueblo.

—Espero que sepan lo que están haciendo, oficiales —dijo uno de los ancianos del pueblo.

El comandante se rió entre dientes, con la seguridad de un novato en el oficio. —Por supuesto, señor.

Pero el comandante no sabía lo que estaba a punto de desencadenar. No entendía el poder de una alma solitaria que murió injustamente, ni el legado de magia que había sido escondido en las *guaguas* de pan. Doña Pilar caminó en silencio con el chal empapado y la trenza deshecha por el aguacero. El calabozo, oscuro y frío, era un lugar sin azúcar ni panela para crear sueños.

—¿Acaso tienes alguna idea de lo que pasará en Cuenca si no hay *guaguas* de pan para el Día de Muertos? —le advirtió al comandante, acercándose a los barrotes.

Este la ignoró y se marchó, dejándola sola en ese pozo oscuro. Era un ignorante, una piel sin sol y unos ojos del Viejo Mundo, desconocía de lo que era capaz una alma solitaria. Doña Pilar se sentía extraña, incapaz de hacer algo. Sus manos debían estar trabajando, amasando, metiendo pan al horno. Si hubiera sido una panadera común, su vida habría sido mucho más sencilla

Exhausta, se acercó a la pequeña ventana del calabozo, por donde entraba una lanza de luz lunar que parecía prometerle un poco de esperanza. Desde allí, observó la caminata de las almas bajo el cielo adornado con pétalos de colores y la luz cálida de los faroles que parpadeaban como si compartieran la pena y la esperanza de aquella noche. En su mente se dibujaron las figuras de aquellos que habían cruzado al otro lado: algunos habían sido esclavos, cuyos cuerpos habían sufrido antes de encontrar descanso; otros, soldados que cayeron en batallas lejanas; y algunos, hijos de caciques que no pudieron escapar de la muerte, a pesar de los esfuerzos de sus padres para salvarlos.

Las *guaguas* de pan que Doña Pilar horneaba no eran simples panes. En cada una de ellas se encerraba más que harina y azúcar.

Eran portadoras de memoria, magia y relatos que nunca fueron contados. Cada *guagua* era una cápsula de historia y sentimiento, un vínculo tangible entre el mundo de los vivos y el reino de los muertos, una celebración de la vida y la memoria en una noche que evocaba la presencia de aquellos que habían partido.

El 2 de noviembre llegó. Aunque todavía estaba en Cuenca, podía sentirlo en el aire, en ese dulzor que acariciaba el viento y que parecía haber transformado a su ciudad en algo más que calles y plazas conocidas. Las torres de las iglesias aún competían con el cielo, pero ahora había una vibración invisible, un latido ancestral que resonaba en cada esquina.

Desde la ventana de su celda, Doña Pilar vio cómo las almas comenzaban su peregrinaje, como cada año. Se dirigían a su panadería, como lo habían hecho durante generaciones, en busca de sus *guaguas* de pan, ese manjar anual que les recordaba sus propias vidas. De reojo, vio cómo la señora de la panadería vecina también se asomaba, con la curiosidad punzante de quien quiere descubrir qué hacía de su pan tan especial.

Doña Pilar, con las manos inquietas, no se preocupa tanto por los vivos sino por los muertos. Su mente estaba llena de inquietudes: «¿cómo explicarles a las almas que este año no habría *guaguas* de pan?» Las *guaguas*, más que panes, eran ofrendas cargadas de memoria y emoción. Se servían para honrar a los ancestros del pueblo, evocando recuerdos de una Virgen del Sol, de un soldado caído o de un campesino agotado. Algunas sabían a moras de tristeza y otras a canela y sol vibrante, pero todas llevaban consigo sentimientos genuinos que debían ser rememorados.

Doña Pilar sabía que la ausencia de estas ofrendas podría provocar el descontento de los antepasados. «¿Cómo enfrento la ira de un enjambre de espíritus ofendidos, que buscaban su

ración de respeto y magia en esta noche sagrada?» El destino del pueblo y el equilibrio entre los mundos dependían de una simple panadera, de la hacedora de pan, y ella esperaba, angustiada, que los muertos no se sintieran olvidados ni despreciados.

Doña Pilar se sentía extraña, incapaz de hacer algo. Sus manos debían estar trabajando, amasando, metiendo pan al horno. Entonces, algo cambió en el aire, como un dulce hechizo tentador. La Virgen del Sol apareció nuevamente, su sonrisa iluminando el calabozo. Primero fueron los murmullos, luego los gritos. La desesperación crecía a cada paso, con pisadas rápidas que dejaban tras de sí el eco de una vida consumida. La sangre manchaba las calles, teñida con el rencor de los muertos, quienes resentían el hecho de que los vivos pudieran caminar y respirar libremente. El odio antiguo reverberaba en cada esquina.

Algo se movió en el pequeño calabozo donde la habían arrojado. La penumbra dejó paso a la figura de un comandante, pero había algo diferente en él. Sus movimientos eran demasiado gráciles, su sonrisa demasiado infantil para corresponder con la persona que una vez conoció.

—¿No me reconoces? —dijo con una sonrisa que resplandecía como mil soles. No era el comandante. Era la Virgen del Sol, aquella muchacha que había visitado su panadería el día anterior—. Normalmente no usaría un cuerpo como este, pero debía rescatarte. Necesito que regreses a tu labor.

Doña Pilar enmudeció. No quería detenerse a pensar en lo que significaba que un alma joven, libre de muchos rencores, pudiera poseer un cuerpo con tal facilidad. Pero lo había hecho, y el tiempo apremiaba. De buena gana, ya sin grilletes, la siguió por las calles adoquinadas del centro histórico.

No quería mirar de frente los estragos que la ignorancia había causado. Habían saqueado sus frascos, robado sus ingredientes,

y ahora veía a la gente comer, reír enloquecidos, o simplemente dormirse para nunca despertar. Los vivos y los muertos compartían la mesa y entonaban canciones antiguas, hablando de tiempos donde la magia era parte del mundo cotidiano, no un secreto confinado en una panadería.

Caminó con la Virgen del Sol como si estuvieran atravesando un pueblo encantado. La magia que había sentido tan solo en su cocina ahora reinaba por las calles. Llegaron a su panadería, saqueada y desordenada. Los ladrones y las almas perdidas habían removido todo, buscando consuelo entre los restos de su magia. Pero su horno seguía en pie. Y sobre la mesa, un último puñado de ingredientes la esperaba.

Doña Pilar tomó aire, sintiendo cómo un poder sobrenatural volvía a envolver sus manos, no la magia destructiva que había desgarrado la ciudad, sino la antigua, la suya. Se puso a trabajar, amasando con dedicación, devolviendo a los muertos lo que habían venido a buscar. Las *guaguas* de pan tomarían forma de nuevo, y con ellas, las historias que aguardaban en el silencio de la harina.



ESTE LIBRO, QUE ES IMAGINACIÓN, GRITO Y MEMORIA,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN NOVIEMBRE DE 2024
BAJO EL SELLO EDITORIAL UCUENCA PRESS

CUENCA - ECUADOR

La naturaleza tiene cosas fantásticas. Hay un animal que, pese a ser un mamífero, pone huevos, tiene un hocico en forma de pico de pato, cola de castor y patas de nutria. Lo llamaron ornitorrinco, una palabra hermosa, poco común y bastante sonora.

Este *Summerville II* también tiene cosas fantásticas. Hace un año, iniciamos este viaje con el eco de las palabras del escritor mexicano Juan Villoro, quien dijo alguna vez que la crónica es el “ornitorrinco de la prosa”. Pero, este, nuestro ornitorrinco resultó ser el híbrido de una serie de gritos atorados en la garganta, de culpas que pesan en el hígado, de ideas de jóvenes atormentados por monstruos con careta de humanos. Pero también de una dulzura que hace sonreír, de corazones que palpitan por amores que no llegaron a ser, de inocencia y locura adolescente, de dolor, de rabia, de injusticias, de memoria.

Les invitamos a *summervillarse* en estos relatos tan honestos como demoledores, a sentir el escalofrío, la indignación o la ternura de cada relato. A sentir esas voces potentes, lúcidas, diversas, que salen de estas aulas universitarias. A creer. A tenerles fe.

Jackeline Beltrán